

#50 / 2024 MAYO

artelka

**LA BARBARIE
QUE NOS
ARRASTRA**

GEDAR

— **U**na economía de guerra es el conjunto de medidas y estrategias que tiene como objetivo operar en una situación de crisis como la descrita: una crisis donde el imperante urgente del capital no es restablecer la tasa de ganancia, sino que, primeramente, la supervivencia individual de los grandes capitalistas y con ellos de los grandes bloques de poder geoestratégicos y de su estatus político en la arena mundial. Es por eso que es una economía de guerra, porque primero y ante todo busca fortalecer las capacidades militares como medio de asegurarse los objetivos mencionados. Y es una guerra abierta contra el proletariado, porque la lucha no es solo por acceder a una mejor repartición del plusvalor, sino a una mayor cantidad de plusvalor a repartir

Contenido

6

10

26

28

42

EDITORIAL

Arteka

El beneficio de la guerra

REPORTAJE

Pablo C.

**Militarismo y Capital:
los gastos militares y la
necesidad imperialista
del capitalismo**

OPINIÓN

Eli Irazu

**Haced caso a Von der
Leyen: preparémonos para
la guerra**

COLABORACIÓN

Jose Castillo

**La Unión Europea camino
a la guerra: de los fondos
de recuperación a los
fondos de destrucción**

**REPORTAJE
HISTÓRICO**

Mikel Bartolomé

**Economía de guerra
y keynesianismo**

El beneficio de la guerra

Editorial

No hay duda de que la guerra supone un enorme desperdicio humano. Con cada bomba se destruyen vidas humanas e infraestructuras necesarias para el sostenimiento de esas vidas. Desaparecen años de esfuerzo y conocimiento, historia viva de muchos que se han relacionado en determinados espacios, actividades e incluso en la creación de eso que ha dejado de existir. Se destruyen también las capacidades destinadas a la producción para la guerra; la enorme cantidad de fuerza social productiva destinada a la producción de destrucción, que supone un derroche ingente de capacidades -y por ello, un empeoramiento de la calidad de vida-, por ser un valor superfluo para la reproducción humana. En la guerra, se da la síntesis, aparentemente paradójica, de que lo superfluo e inútil es también destructivo. Pero si destruye, alguna utilidad tendrá.

Esa paradoja suele presentarse de esta otra manera: si la guerra es desperdicio de dinero, no puede ser, al mismo tiempo, producción de beneficio. Porque aquello que es destructivo, ni es útil, ni es productivo; nada más lejos de la realidad. Si no fuera productiva, la guerra no sería ni siquiera una posibilidad.

Por eso no es correcto equiparar el gasto público de la guerra con cualquier otro gasto público. No es real la disyuntiva que plantea si el dinero se debe gastar en la guerra o en la sanidad. Primero porque el dinero público no es un elemento que existe por siempre y para siempre, como fuente inagotable de riqueza que hay que administrar -épica que justifica la existencia de la socialdemocracia-; y segundo, porque el flujo de dinero del capital privado al erario público requiere de unas condiciones favorables para el capital privado, poseedor de esa riqueza.

La riqueza está relacionada con la capacidad de producirla, no necesariamente se dispone en forma dineraria en ese momento. De manera más evidente: el Estado no puede acaparar dinero, si el dinero no existe en ningún lado. Los créditos al Estado otorgados por el capital privado son en su mayoría capital ficticio que tiene por aval a la solvencia de quien los otorga -por si se da el caso improbable de no ser devueltos-, a la solvencia militar del Estado que emprende la guerra como negocio y a la ganancia esperada por el capital financiero. Es capital-dinero creado para invertir única y exclusivamente en la guerra, porque para los capitalistas la guerra es un negocio y la sanidad pública un robo.

No es real la disyuntiva que plantea si el dinero se debe gastar en la guerra o en la sanidad. Primero porque el dinero público no es un elemento que existe por siempre y para siempre, como fuente inagotable de riqueza que hay que administrar -épica que justifica la existencia de la socialdemocracia-; y segundo, porque el flujo de dinero del capital privado al erario público requiere de unas condiciones favorables para el capital privado, poseedor de esa riqueza

La guerra produce sus fuentes de financiación; no simplemente gasta el dinero que ya tiene el Estado. Además, la guerra es una empresa, pretende un mayor retorno económico del invertido inicialmente

La guerra produce sus fuentes de financiación; no simplemente gasta el dinero que ya tiene el Estado. Además, la guerra es una empresa, pretende un mayor retorno económico del invertido inicialmente: mejores acuerdos comerciales, acuerdos para inversión de capital en los países derrotados, mayor control sobre la fuerza de trabajo interior y exterior por medio de la militarización de toda la vida social en estado de alerta, control sobre los recursos naturales... En definitiva, enriquecimiento de los grandes capitalistas en disputa y, por medio de ellos, aumento de la riqueza del Estado, que implica una mayor cantidad de recursos destinados al financiamiento de la clase media en el centro imperialista: la guerra y el saqueo como fuentes potenciales de recursos para sanidad, ayudas sociales... sujetos a administración por el gobierno de turno.

De ello se entiende por qué el Estado puede disponer de mayores fondos para la guerra que para sanidad. Pero, además, solo así se comprende que la llamada cuestión social no es una simple cuestión a administrar; está ya determinada por y subordinada al beneficio capitalista.

Sin embargo, la política tecnocrática de la socialdemocracia sostiene todo su discurso social en torno a la buena administración del dinero del Estado y al aumento de la inversión en ayudas sociales y sanidad. Dice que sí hay dinero para sanidad, y que debería destinarse a ese propósito, y no a la guerra. Aunque esto último los representantes políticos de la socialdemocracia lo dicen con la boca pequeña, a sabiendas de que la guerra es un factor económico que posibilita que sigan lucrándose de la política y de sus puestos administrativos bien retribuidos por el Estado. Más bien quieren guerra, pero como todo, en la justa medida que posibilite una vida digna de clase media.

Además, la mala administración del dinero se torna en escasez una vez que la socialdemocracia accede al poder: si sus medidas no son realizables, eso es porque no hay dinero. Empero, la escasez de dinero en manos del Estado para llevar a cabo el programa socialdemócrata no es falta de solvencia económica, sino, más bien, falta de responsabilidad socialdemócrata. No hay falta de dinero, sino falta de inversión rentable del mismo -crisis capitalista y no mala administración- y por lo tanto falta de retorno, vía impuestos, a las arcas del Estado.

La guerra es la vía de escape para el capital en crisis, donde los grandes capitalistas buscan mantenerse a flote acaparando beneficio inmediato, por no poder abordar la dura empresa de restablecer la rentabilidad de la producción capitalista, esto es, una tasa de ganancia que permita la acumulación de capital

Es en ese punto en el que la guerra cumple con su propósito económico y llena las cuentas del Estado con créditos e inversiones especulativas de los capitalistas, que esperan un retorno seguro de esa inversión. Estado que no dudará, si es necesario, en recortar en prestaciones sociales y enterrar en impuestos a la clase obrera, para poder pagar los intereses de los créditos obtenidos y asegurarse la confianza de los capitalistas.

No es fácil calcular el retorno económico de la guerra, cuál es su beneficio. Desde el punto de vista del capital en general, la guerra es una deducción del plusvalor total producido, su redistribución vía Estado a las empresas especializadas en la guerra. Esto es, es una deducción a la acumulación del capital, en tanto que el Estado adquiere sus productos de manera gratuita, con el dinero que el propio capital le ha pagado previamente. Por lo tanto, la guerra es pérdida de beneficio para el capital productivo.

Sin embargo, la guerra es, en cierto sentido, un trastrueque de los fundamentos de la acumulación capitalista. Es una lucha de supervivencia en una crisis mundial del capital; es la búsqueda de beneficio vía rapiña del escaso plusvalor ya producido. La guerra es la vía de escape para el capital en crisis, donde los grandes capitalistas buscan mantenerse a flote acaparando beneficio inmediato, por no poder abordar la dura empresa de restablecer la rentabilidad de la producción capitalista, esto es, una tasa de ganancia que permita la acumulación de capital.

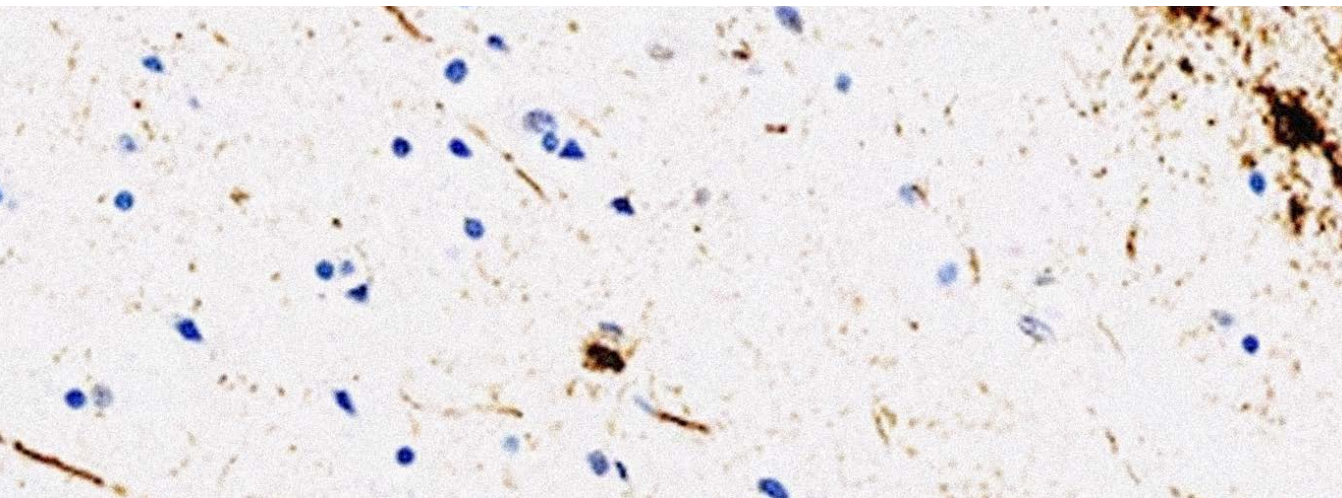
Una economía de guerra es el conjunto de medidas y estrategias que tiene como objetivo operar en una situación de crisis como la descrita: una crisis donde el imperante urgente del capital no es restablecer la tasa de ganancia, sino que, primeramente, la supervivencia individual de los grandes capitalistas y con ellos de los grandes bloques de poder geoestratégicos y de su estatus político en la arena mundial. Es por eso que es una economía de guerra, porque primero y ante todo busca fortalecer las capacidades militares como medio de asegurarse los objetivos mencionados. Y es una guerra abierta contra el proletariado, porque la lucha no es solo por acceder a una mejor repartición del plusvalor, sino a una mayor cantidad de plusvalor a repartir. ●

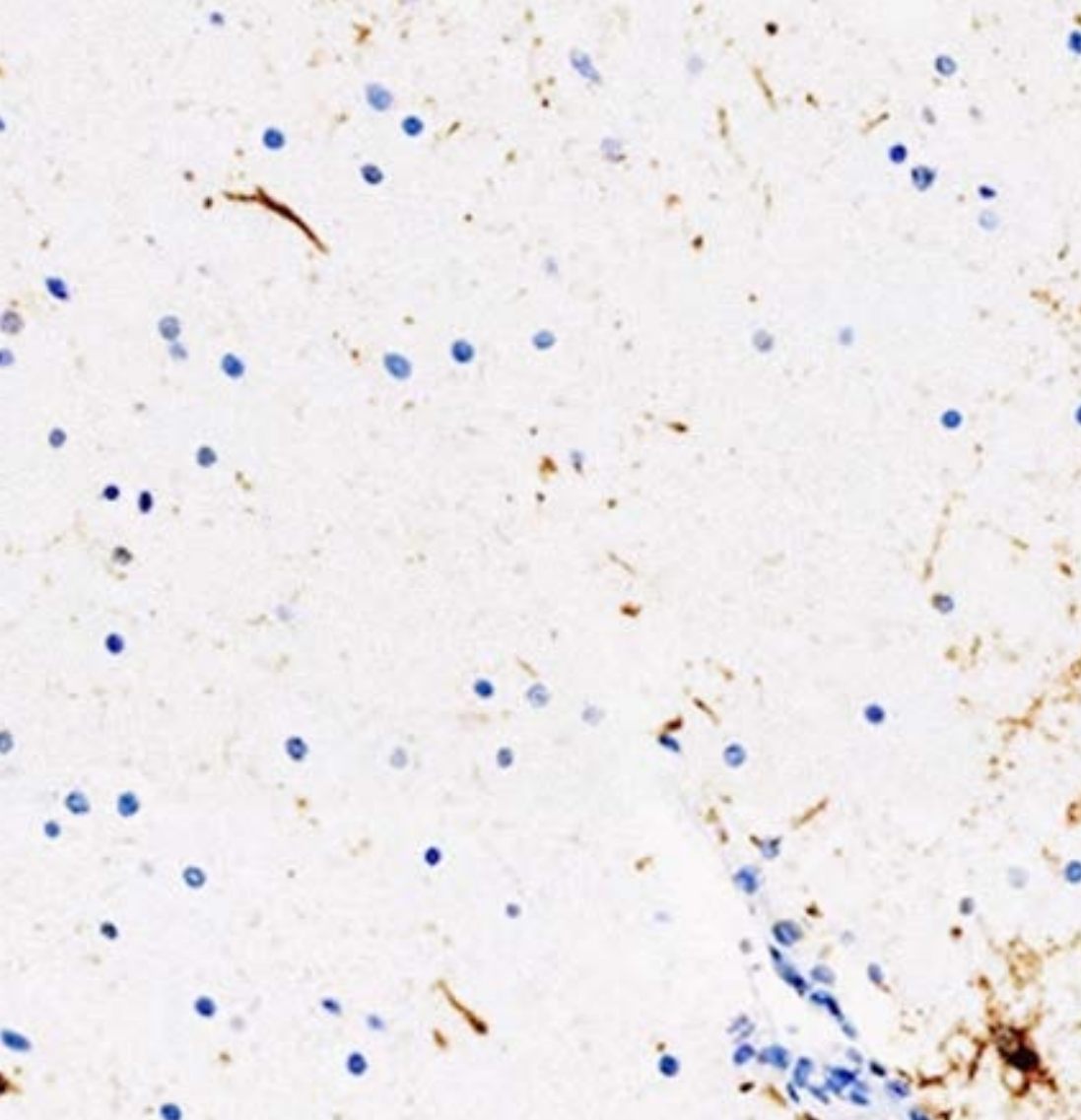
REPORTAJE

MILITA- RISMO Y CAPITAL



Texto — **Pablo C.**





Escáneres cerebrales. Son parte de un estudio científico sobre los daños causados por el "shock explosivo", daños característicos de la guerra.

Los gastos militares y la necesidad imperialista del capitalismo

En 1910, el dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán (en adelante, SPD) y principal teórico de la Segunda Internacional, Karl Kautsky, publicó *El camino del poder* (en las citas, EP), donde trató de defender las posiciones del marxismo revolucionario frente al centrismo bernsteiniano que se abría paso en el partido. En este texto no sólo es rastreable la defensa férrea de la revolución como medio ineludible para la construcción del socialismo. Además, sobre todo en la parte final del libro, Kautsky describe con rigurosidad los rasgos y las causas fundamentales del imperialismo de la época, trazando de forma magistral el vínculo histórico entre capital y gastos militares.

En 1911, tres años antes de que comenzara la Primera Guerra Mundial, la revolucionaria Rosa Luxemburgo escribía para el *Leipziger Volkszeitung*, una de las tantas publicaciones del partido, el texto “Utopías Pacifistas” (en las citas, UP). Unas pocas páginas en las que advierte de forma tan precisa como preocupante sobre el delirio armamentista que se estaba instalando en Europa, así como del peligro que corría la suerte del SPD y del proletariado mundial si las tendencias revisionistas se terminaban imponiendo en los asuntos de la guerra.

A través de estos dos textos y otros de la época, trataremos de comprender qué quiere decir que el militarismo es una necesidad del Capital, corroborando esta tesis en el plano de la historia, e intentando esclarecer los elementos en común que comparten el periodo anterior a 1914 y nuestro presente de rearme generalizado.

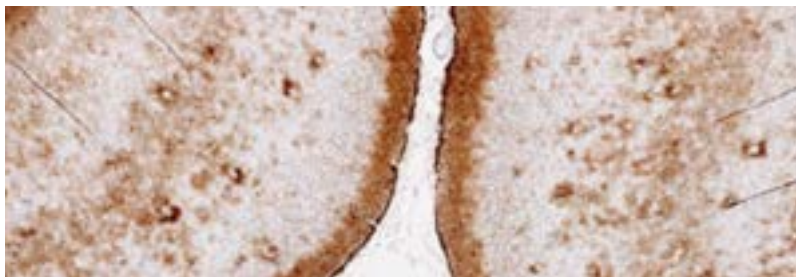
Se acerca el final siglo XIX y las burguesías occidentales ya se han despojado de todo revestimiento revolucionario. La actitud del Capital hacia el proletariado adquiere una verdadera dimensión de clase, mostrando a las claras que “por enemigos que sean [los empresarios] en el mercado donde compran y venden mercancías, son los mejores amigos del mundo en ese otro mercado donde todos compran y venden la misma mercancía que se llama la fuerza de trabajo”

EL PRIMER MILITARISMO CAPITALISTA

La teoría sobre el imperialismo descrita por el Kautsky de 1910 en *El camino del poder* es interesante, entre otras cosas, por el relato histórico sobre el que se apoya. El dirigente alemán explica cómo “hasta las proximidades de 1860 [...], la burguesía era en general hostil al ejército, porque era también hostil al gobierno”. La nueva clase en ascenso, en constante pugna por el poder político del Estado, “detestaba al ejército permanente, que costaba sumas tan considerables y que era el apoyo de un gobierno al que combatía” (EP, 46). La posición parcialmente revolucionaria de la burguesía continental¹ desvinculaba la militarización del Estado de sus intereses inmediatos. En la década de los 1870, dice Kautsky, “los gobiernos se han consolidado, han ganado en fuerza y en estabilidad. Cada uno de ellos, en fin, ha sabido hacer creer a la nación que representaba sus intereses” (EP, 39). Las tornas de la historia comienzan a girar.

Más tarde, en la década de los 1880, tras la gran crisis de 1873 y el largo periodo de depresión industrial que atraviesa el continente, nos encontramos con el inicio de una época de prosperidad en Europa. Se acerca el final siglo XIX y las burguesías occidentales ya se han despojado de todo revestimiento revolucionario. La actitud del Capital hacia el proletariado adquiere una verdadera dimensión de clase, mostrando a las claras que “por enemigos que sean [los empresarios] en el mercado donde compran y venden mercancías, son los mejores amigos del mundo en ese otro mercado donde todos compran y venden la misma mercancía que se llama la fuerza de trabajo” (EP, 49). Las organizaciones patronales se extienden por todo Europa y el gran capital se asienta como la *clase realmente dominante*. En un sentido político, al desplazar a sus enemigos de clase del poder del Estado; en un sentido económico, al ser la clase propietaria de las unidades productivas centrales de la sociedad.

Al mismo tiempo, la política socialista se erige como la única alternativa real al poder social de la burguesía y el Partido como la estructura estratégica capaz de orientar la práctica de los trabajadores hacia la revolución. Las huelgas, que son el corazón de las luchas económico-sindicales, “revisten cada vez más un carácter político”. Asimismo, en las luchas por los derechos políticos, por ejemplo, “en las luchas por el sufragio universal, vemos multiplicarse las ocasiones en el que el arma de la huelga general puede ser empleada con éxito”. A la fusión entre lucha económica y lucha política que va experimentando la práctica del proletariado, esto es, a medida que “las luchas por las reformas sociales toman el carácter de luchas políticas”, la burguesía no duda en intentar, siempre que puede, “mutilar sus derechos políticos” (EP, 54). La contienda nacional entre la burguesía y el proletariado está servida: “En Alemania, ante cada gran victoria electoral del proletariado se hace más inminente el reemplazo del sufragio universal [...]. En Francia y en Suiza, el ejército carga contra los huelguistas. En Inglaterra y en Norteamérica, los tribunales restringen la libertad de acción del proletariado” (EP, 55).



¿Cómo va a desarrollarse el poder militar de la burguesía tras su constitución como clase dominante durante este periodo? Al finalizar la segunda guerra de independencia italiana, en 1859, el Reino de Prusia llevó a cabo una reorganización del ejército que le permitiera estar a la altura del estándar militar europeo. Esta reorganización, cuenta Engels, “mantenía bajo las armas a los treinta y dos regimientos de infantería del Landwehr, completando paulatinamente sus filas con el incremento del número de reclutas; por último, los reorganizaba en regimientos de línea, cuyo número crecía de 40 a 72. Conforme con ello aumentaba la artillería, y también la caballería. [...] Ese crecimiento del ejército era aproximadamente proporcional al incremento de la población de Prusia, que de 1815 a 1860 había aumentado de 10,5 millones de personas a 18,5 millones” (1975, 225, cursiva propia). El despliegue militar de la burguesía aún no tiene un sentido histórico.

En la década de los 60, la burguesía comienza, aún de forma desconfiada, a mostrar simpatía por el ejército. Empieza a ser consciente de la necesidad de contar con una fuerza armada profesional, regular y moderna “para aplastar al enemigo, tanto interior como exterior” (EP, 46). Esto es, la fortificación del aparato burocrático-militar del Estado va cogiendo fuerza como mecanismo para ir blindando sus cada vez más extendidos intereses económicos y políticos, frente a los que el proletariado comienza a aparecer como su principal opositor. Va tomando cuerpo su conciencia de clase.

En la década de los 1870, la guerra franco-prusiana (1870-1871), que concluiría con la fundación del Imperio Alemán (Segundo Reich), el levantamiento y aplastamiento de la Comuna de París y el nacimiento de la Tercera República francesa, cambiaría por completo las dinámicas militares en Occidente. Así lo explica Engels en 1878:

La política socialista se erige como la única alternativa real al poder social de la burguesía y el Partido como la estructura estratégica capaz de orientar la práctica de los trabajadores hacia la revolución. Las huelgas, que son el corazón de las luchas económico-sindicales, “revisten cada vez más un carácter político”

La expansión y elevación constantes del conflicto económico y político entre el Capital y el trabajo y el recrudecimiento de las relaciones de competencia empresariales van dando forma a la nueva sociedad burguesa

“La guerra franco-prusiana representa un punto de viraje de significado absolutamente distinto [...]. Esta guerra obligó a todas las grandes potencias del continente a implantar el reforzado sistema prusiano del Landwehr, echándose con ello encima una carga militar que los llevará a la ruina en pocos años. Los ejércitos se han convertido en la finalidad principal de los Estados, en un fin en sí; los pueblos ya sólo existen para suministrar soldados y mantenerlos. El militarismo devora a Europa. Pero este militarismo alberga ya en su seno el germen de su propia ruina. La rivalidad desatada entre los Estados los obliga, por una parte, a invertir cada año más dinero en ejércitos, en barcos de guerra, en cañones, etc., acelerando con ello cada vez más seriamente el servicio militar obligatorio, con lo cual no hace más que familiarizar a todo el pueblo con el empleo de armas, es decir, capacitarlo para que en determinado momento pueda imponer su voluntad”.

¿Qué se desprende de lo que aquí nos explica Engels? Que el paulatino asentamiento del poder político de la burguesía en Europa, a rebufo de su dominio en el terreno de la producción, acelera los procesos de competencia política internacional. Hasta tal punto que varios Estados europeos van a implantar el servicio militar obligatorio, sembrando la semilla revolucionaria

que el militarismo siempre introduce en las masas desposeídas. En la década de los 80, cuando la burguesía, recordemos, se consolida definitivamente en el mando del Estado y la gran empresa capitalista es el principal vector de la economía, los gastos militares comienzan a adquirir una dimensión cuantitativa superior. Ha de tenerse en cuenta, por ejemplo, que el primer trust de la historia, la Standard Oil Trust, nace en 1882.

Kautsky, refiriéndose al periodo entre 1891 y 1908, señala que “mientras que la población del Imperio [alemán] [...] aumentaba un cuarto, los gastos del ejército de tierra aumentaban el doble, los de los fondos de retiro e intereses de la deuda pública casi el triple, y los de la marina el cuádruple” (EP, 61). Es más, atendiendo a los gastos anuales que presenta, vemos cómo en aquel 1873, año de la primera gran crisis económica del capitalismo, el Estado alemán gastaba 404 millones de marcos. En 1891, estos gastos crecieron un 177%, alcanzando los 1.118 millones de marcos. Pero es que, en 1908, apenas seis años antes de la guerra, el gasto militar vuelve a aumentar en un 150%, hasta los 2.785 millones de marcos. La intersección entre asentamiento de la producción capitalista, dirección política del Estado de la burguesía y aumento de los gastos militares es muy clara.

Durante los 1860 y 1870, tras las revoluciones democrático-burguesas de 1848, el fenómeno militar capitalista va a ir adquiriendo dimensiones cada vez más importantes a medida que el Estado se va adecuando a las nuevas necesidades de la producción social capitalista. Esto es, al poder económico del capital. Desde las décadas de los 1880 y 1890, se inicia en Europa un proceso de intensa militarización, en el que el crecimiento de los gastos militares desborda el crecimiento demográfico, y que coincide con el desarrollo pleno del capitalismo en las principales economías del continente. Es lo que podemos llamar una “transformación presupuestaria”, que cambia por completo el paradigma fiscal, de acuerdo con las exigencias que la hacienda pública ha de asumir para garantizar las nuevas condiciones socioeconómicas.

En este sentido, es crucial comprender que esta “transformación presupuestaria” es la culminación del largo y lento desarrollo de las tendencias más generales del Capital, y no un cambio repentino en la política pública. El brutal crecimiento de los gastos militares es el resultado de la consolidación del capitalismo como modo de producción en Europa. La expansión y elevación constantes del conflicto económico y político entre el Capital y el trabajo y el recrudecimiento de las relaciones de competencia empresariales van dando forma a la nueva sociedad burguesa. El poder militar del Capital se va abriendo paso a medida que la producción capitalista se extiende como la forma general de la producción y la burguesía se erige como la clase directora de la política nacional.

Existen distintas formas de contrarrestar la presión bajista de la rentabilidad, o lo que la economía política clásica llamaba los rendimientos decrecientes de la inversión. Por ejemplo, aumentando el nivel de explotación sobre los obreros o aprovechando los efectos positivos que tiene la innovación tecnológica en la reducción de costes de las empresas. Otra de estas formas es el imperialismo, que permite que los capitales amplíen su área de influencia, para poder así dar salida a ese capital ocioso que no encuentra un espacio para la valorización tan rentable como en el ciclo de inversión anterior

¿Por qué el poder del Capital exige reforzar y fortalecer enormemente las capacidades militares del Estado? ¿Acaso el colonialismo es un fenómeno exclusivamente capitalista? ¿No es el militarismo una práctica tan antigua como la lucha de clases? Veamos cuál es la relación entre la racionalidad económica del capitalismo y los gastos militares. Las empresas, en el medio plazo y consideradas como conjunto, comienzan a afrontar, *necesariamente*, problemas de rentabilidad. Es lo que llamamos una *contradicción interna del Capital*. El régimen de propiedad privada que estructura la producción capitalista es el fundamento de la apropiación privada del trabajo social, es decir, aquello que hace posible a la burguesía acaparar lo producido por los obreros desposeídos. Pero, al mismo tiempo, la propiedad privada de los medios de producción es la base de las relaciones de competencia que dan forma a la actividad económica de las empresas. La competencia obliga a las empresas a optimizar constantemente el empleo de sus recursos productivos para poder sobrevivir a sus competidores. Cuánto producen, cómo lo producen, a qué precio lo venden o cuánto margen obtienen: todo está mediado por la competencia. Esta situación empuja a las empresas a innovar, a hacer más productivos sus procesos de producción, lo que implica impulsar el ahorro de trabajo humano socialmente necesario. Esa es la razón por la que producir un vehículo o una prenda exige hoy muchísimo menos tiempo que hace cien años. Es la revolución tecnológica del capitalismo.

Sin embargo, al ser el trabajo humano la fuente de la ganancia del capitalista, este ahorro constante termina deprimiendo la tasa de beneficio en el largo plazo. El descenso de la rentabilidad media del capital social genera un estado de sobreacumulación general. Existen distintas formas de contrarrestar la presión bajista de la rentabilidad, o lo que la economía política clásica llamaba los rendimientos decrecientes de la inversión. Por ejemplo, aumentando el nivel de explotación sobre los obreros o aprovechando los efectos positivos que tiene la innovación tecnológica en la reducción de costes de las empresas. Otra de estas formas es el imperialismo, que permite que los capitales amplíen su área de influencia, para poder así dar salida a ese capital ocioso que no encuentra un espacio para la valorización tan rentable como en el ciclo de inversión anterior.

La lógica resultante de este automovimiento del Capital es muy evidente. Allí donde la forma política elemental del capitalismo, el Estado, consiga ampliar su soberanía político-militar, el capital nacional de ese estado encontrará un espacio para intercambiar en mejores condiciones sus mercancías, mejorar su posición financiera y adquirir de forma ventajosa los productos locales, cuando no directamente expropiarlos, como ha sucedido históricamente con los recursos naturales del llamado Sur Global. Se trata, en última instancia, de la reacción militar del Estado a los problemas de rentabilidad media que afrontan las empresas.



No obstante, como señala Lenin en el *Imperialismo* (en adelante, I), “la política colonial y el imperialismo ya existían antes de la fase contemporánea del capitalismo e incluso antes del capitalismo” (I, 50). El elemento históricamente novedoso de la forma capitalista del imperialismo es la *expansión sistemática de los medios de producción*. En otras palabras, “se inauguró una nueva era de la política conquistadora en los países de ultramar, [...] se vio a los países industriales exportar a los países bárbaros no únicamente productos sino, además, los medios de producción y de transporte de la industria moderna” (EP, 64). Esto es lo que también Lenin llamará *exportación de capital*. Lo que hoy podríamos llamar inversión extranjera directa fue el mecanismo económico mediante el cual, durante el periodo comprendido entre finales del siglo XIX y principios del XX, las principales potencias de Europa se repartieron el globo, dividiendo el mundo entre colonizadores y colonizados:

“Después de 1876, las posesiones coloniales se expandieron enormemente, más del 50%, de 40 a 65 millones de kilómetros cuadrados, para las seis potencias más grandes; la expansión territorial alcanzó los 25 millones de kilómetros cuadrados, un 50% más que la superficie de las metrópolis (16,5 millones). En 1876, tres de esas potencias no poseían colonias y la cuarta, Francia, casi no las tenía. En 1914, esas cuatro potencias se habían hecho con una superficie de 14,1 millones de kilómetros cuadrados, es decir, aproximadamente un 50% más que la superficie de Europa, y una población de casi 100 millones de habitantes” (I, 50).



La primera consecuencia económica de la exportación masiva de capital fue la mundialización del modo de producción capitalista. La “exportación de los medios de producción [...] introducía el modo de producción capitalista en los países extraños a la civilización europea y destruía en ellos rápidamente el estado de cosas tradicional en el orden económico” (EP, 64). La expansión imperialista exportó una forma de producir atravesada por la competencia, la explotación, el desarrollo tecnológico, el ahorro de trabajo vivo y el corolario de todas ellas, la crisis. Pero, además, en la medida en que revolucionó, a sangre y fuego, las sociedades precapitalistas, que aún ocupaban la mayor parte del planeta, introdujo en ellas las condiciones materiales para su emancipación. La superioridad técnico-material de Europa dejó de estar circunscrita a las fronteras continentales. El imperialismo de tipo capitalista dotó a las naciones atrasadas de la herramienta más poderosa para acabar con las relaciones de sometimiento internacional que arrastraban desde siglos atrás, a saber, el proletariado revolucionario.

La segunda consecuencia económica fue la articulación del mercado global capitalista. “Los nuevos países entraban en competencia con los antiguos. [...] El despertar del espíritu europeo en los países orientales no los hizo amigos de Europa, sino enemigos y enemigos de igual fuerza” (EP, 65). El poder de las estructuras coloniales resistió hasta después de la Segunda Guerra Mundial, pero es innegable que el despliegue planetario de la lógica capitalista permitió que emergieran nuevos polos de acumulación que, rápidamente, comenzaron a competir con el capital europeo.

El elemento históricamente novedoso de la forma capitalista del imperialismo es la expansión sistemática de los medios de producción. En otras palabras, “se inauguró una nueva era de la política conquistadora en los países de ultramar, [...] se vio a los países industriales exportar a los países bárbaros no únicamente productos sino, además, los medios de producción y de transporte de la industria moderna”

La tercera consecuencia económica fue la inauguración de “una nueva etapa de prosperidad” (EP, 64) en Occidente, que, lejos de resolver los problemas económicos del mercado interior, desplazaba geográficamente las contradicciones del capitalismo europeo. Esta es la idea del imperialismo como contratendencia del capital.

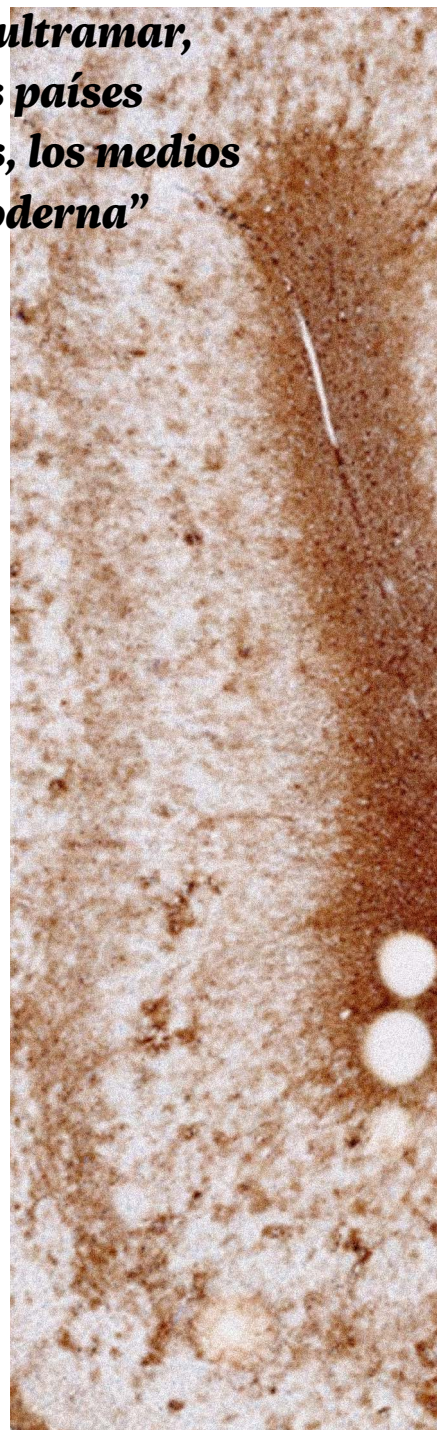
La cuarta consecuencia económica fue la intensificación total del militarismo que hemos descrito durante todo el apartado y que hizo posible la reproducción expansionista del capitalismo.

En resumen, lo que parece indicar la historia, y el estudio de dos de los textos marxistas más importantes sobre el imperialismo que jamás se hayan escrito como lo son el de Kautsky y el de Lenin, es que el asentamiento del modo de producción capitalista en Europa y el auge del militarismo son dos caras de la misma moneda.

“Gran Bretaña fue el primer país que se convirtió en capitalista, y a mediados del siglo XIX, al adoptar el libre mercado, se presentó como el ‘taller del mundo’, el proveedor de bienes manufacturados para todos los países, los cuales, a cambio, debían surtirlo de materias primas. Pero en el último cuarto del siglo XIX ese monopolio de Gran Bretaña se vio quebrado; otros países, protegiéndose a sí mismos mediante aranceles ‘proteccionistas’, se transformaron en Estados capitalistas independientes” (I, 38).

La cronología arriba planteada por Lenin coincide con el esquema temporal de militarización planteado por Kautsky. La experiencia histórica corrobora que no es posible desplegar una economía de tipo capitalista sin dedicar una ingente cantidad de los recursos productivos de la sociedad a los gastos militares. La propia estructura productiva capitalista, su reproducción natural a través de la competencia y su organización política en Estados-nación (u hoy, supraestados) requieren de un aparato militar imponente que garantice el poder de la clase capitalista dentro y fuera de sus fronteras nacionales.

Además, la constante intensificación de las relaciones de competencia capitalista, fruto del despliegue de las contradicciones internas de la economía, obliga a los estados a ir actualizando los gastos militares, ajustándolos al grado de desarrollo de la lucha de clases. En definitiva, la guerra aparece en el capitalismo como la forma política más desarrollada de la competencia entre empresas y el gasto militar como presupuesto material del poder de clase de la burguesía.



SUENAN TAMBORES DE GUERRA: SE PREPARA LA OFENSIVA MILITAR DE LA BURGUESÍA

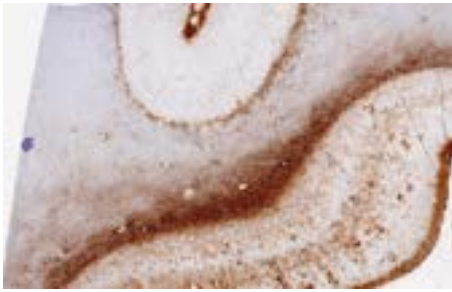
Exploremos ahora al texto de Rosa Luxemburgo “Utopías Pacifistas”. Estamos en 1911 y las principales potencias europeas, en las que el capitalismo es la forma económica dominante, afrontan distintos desafíos. Ya hemos mencionado que la consolidación mundial del modo de producción capitalista va reforzando la posición de nuevos competidores como Japón o Estados Unidos. Ambas potencias despegan como focos de producción industrial con capacidades crecientes para competir con las economías europeas. Además, las principales potencias coloniales, que llevan ya más de dos décadas destinando enormes cantidades del tesoro público a los gastos militares, redoblan sus esfuerzos en la carrera armamentística internacional, principalmente protagonizada por el Imperio alemán y el Reino Unido. Competencia empresarial y colonialismo se entrelazan en los años anteriores a la guerra, cuando el militarismo europeo se encuentra en su momento de máximo apogeo. Así lo explica Hobsbawm:

“Esta carrera de armamentos comenzó de forma modesta a finales del decenio de 1880 y se aceleró con el comienzo del nuevo siglo, particularmente en los últimos años anteriores a la guerra. Los gastos militares británicos permanecieron estables en las décadas de 1870 y 1880, tanto en cuanto al porcentaje del presupuesto total como en el gasto per cápita. Sin embargo, pasaron de 32 millones de libras en 1887 a 44,1 millones de libras en 1898-1899, y a más de 77 millones de libras en 1913-1914. (...) Mientras tanto, el coste de la armada alemana se elevó de forma más espectacular aún: pasó de 90 millones de marcos anuales a mediados del decenio de 1890 hasta casi 400 millones“^[2].

Mientras tanto, el marxismo revolucionario se extiende por Europa. Fundada en 1889, la Segunda Internacional, en palabras de Liebknecht “un parlamento obrero mundial, el primero que el mundo presencia”^[3], cuenta con organizaciones adscritas por todo el continente. Las protestas obreras, como hemos explicado, van adquiriendo un nivel de consciencia cada vez más elevado y los obreros revolucionarios se agrupan en organizaciones hegemónicas de masas.

Este es el contexto en el que Luxemburgo decide saldar cuentas con el pacifismo burgués y aclarar cuál es la tarea central de los socialistas revolucionarios frente al militarismo creciente que asola Europa.

“¿Cuál es nuestra tarea en la cuestión de la paz? No consiste en demostrar en todo momento el amor a la paz que profesan los socialdemócratas; nuestra tarea primera y principal es *clarificar ante las masas populares la naturaleza del militarismo* y señalar con toda claridad las diferencias principistas entre la posición de los socialdemócratas y la de los pacifistas burgueses. ¿En qué consiste esta diferencia? (...) Nuestros respectivos puntos de partida se oponen diametralmente: los amigos burgueses de la paz creen que la paz mundial y el desarme pueden realizarse en el marco del orden social imperante, mientras que nosotros, que nos basamos en la concepción materialista de la historia y en el socialismo científico, *estamos convencidos de que el militarismo desaparecerá del mundo únicamente con la destrucción del Estado de clase capitalista.*” (UP, 1, cursivas propias)



Como explica Luxemburgo, y en sintonía con Lenin y el Kautsky de pleguerra, Estado capitalista y militarismo constituyen una unidad. La estrategia política que se infiere del análisis de Luxemburgo es clara: la toma del poder político por parte del proletariado organizado es la única vía para detener el proceso de guerra siempre latente en el capitalismo. El Estado capitalista no es más que la forma política que adoptan las relaciones sociales capitalistas, esto es, el conflicto entre empresarios y trabajadores. La antes citada “transformación presupuestaria”, mediante la cual los gastos militares se multiplican en el capitalismo, es una de las tantas expresiones históricas del afianzamiento de la burguesía en el Estado –que lo transforma en un *Estado capitalista*–. En otras palabras: el fin del militarismo burgués es exactamente la abolición del Estado y no la instalación de pacifistas en sus órganos de gobierno. Asimismo, Luxemburgo da cuenta de la lógica económica del imperialismo:

“El militarismo está estrechamente ligado a la política colonial, a la política tarifaria y a la política internacional, y que si las naciones existentes realmente quisieran poner coto, sería y honestamente, a la carrera armamentista, tendrían que comenzar con el *desarme en el terreno comercial*, abandonar sus rapaces campañas colonialistas y su política internacional de conquista de esferas de influencia en todas partes del mundo: en una palabra, su política interna y exterior debería ser lo opuesto de lo que exige la política actual de un estado capitalista moderno.” (UP, 1, cursivas propias)

Luxemburgo insiste en la idea de que el imperialismo es la competencia empresarial desplegada en el plano internacional. Así, la revolucionaria polaca constata que militarismo y producción capitalista son dos caras de la misma moneda, destacando la necesidad de la intervención política del Estado para hacer posible la acumulación de capital a escala global, esto es, la necesidad del desarrollo del armamentismo como precondition para la expansión de los negocios. O, de acuerdo con el marco teórico antes expuesto, el militarismo del Estado es la condición de supervivencia de las empresas en el mercado mundial.

Por todo ello, para Luxemburgo, la toma y destrucción del Estado burgués, y la superación de la producción capitalista constituyen las únicas vías realistas para garantizar el fin de la sociedad militarizada. Así, lejos de denunciar la barbarie militarista desde el moralismo cómplice, fija desde el análisis científico su relación de unidad con el capitalismo, y concluye que sólo con la conformación de un Partido Revolucionario podrá construirse un orden social verdaderamente pacífico como es el socialismo.

“Y así se explicaría lo que constituye el meollo de la concepción socialdemócrata, que el militarismo en todas sus formas –sea guerra o paz armada– es un hijo legítimo, un resultado lógico del capitalismo, de ahí que *quien realmente quiera la paz y la liberación de la tremenda carga de los armamentos debe desear también el socialismo. Sólo así puede realizarse el esclarecimiento socialdemócrata y el reclutamiento para el partido en relación con el debate sobre el armamento.*”

Estado capitalista y militarismo constituyen una unidad. La estrategia política que se infiere del análisis de Luxemburgo es clara: la toma del poder político por parte del proletariado organizado es la única vía para detener el proceso de guerra siempre latente en el capitalismo





Continua, justo después, realizando un aviso casi premonitorio sobre el peligro que corría el partido si no ponía en marcha una estrategia política independiente frente al militarismo rampante.

“Este trabajo, empero, se volverá un tanto dificultoso y la posición de los socialdemócratas se hará oscura y vacilante si, por algún extraño cambio de papeles, nuestro partido trata de hacer lo contrario: convencer al Estado burgués de que bien puede limitar el armamentismo y lograr la paz desde su posición de Estado capitalista.” (UP, 2)

La historia que sigue a las advertencias de Luxemburgo es por todos conocida. Los diputados socialistas del SPD sucumbieron a las demandas bélicas del capital alemán. Décadas de rearme, como consecuencia directa del desarrollo del capitalismo en las principales potencias europeas, concluyeron en la Primera Guerra Mundial, en un tumultuoso periodo de entreguerras protagonizado por el auge del monstruo fascista, y, finalmente, en una Segunda Guerra Mundial. Decenas de millones de vidas proletarias fueron sacrificadas para consolidar el poder global de la burguesía. En todo momento durante estos 30 años de masacre generalizada, el proletariado actuó como dique de contención frente al desarrollo del imperialismo, el colonialismo y la guerra, en ocasiones también como ejército de ofensiva, dejando patente aquella idea tan extendida entre los revolucionarios de la época de que la revolución socialista era la única forma de acabar con el armamentismo y las guerras. El fin de las guerras, del fascismo y del colonialismo fue obra de la clase trabajadora, quien pago con su vida el desastre y el terror del poder del dinero.

¿EN QUÉ MOMENTO NOS ENCONTRAMOS?

El objetivo de este artículo era comprender la relación interna entre militarismo y Capital. Nos interesaba aclarar, a través del estudio de la historia, que “el armamentismo y las guerras, los conflictos internacionales y las políticas coloniales han acompañado la historia de capital desde su cuna”^[4]. Cuando decimos que el militarismo es una necesidad del Capital nos referimos al mismo hecho de que el orden social capitalista sólo es sostenible en el tiempo dedicando una importante cantidad de recursos sociales al desarrollo de la tecnología militar, y que esta es la base material sobre la que se extienden las guerras a lo largo y ancho del planeta en esta etapa de la historia. Concluimos, de esta manera, que la única forma de acabar con el asesinato masivo de proletarios por parte de los ejércitos de la burguesía es la revolución socialista internacional, como paso anterior a la construcción de un mundo sin capitalistas, sin sus Estados y sin sus fronteras nacionales.

No obstante, esta no es una consigna extendida entre la población trabajadora occidental. La diferencia política elemental entre las décadas anteriores al comienzo de la Primera Guerra Mundial y nuestro presente es la ausencia de partidos revolucionarios de masas. Sin grandes estructuras hegemónicas, la capacidad para socializar las ideas del marxismo revolucionario entre los trabajadores es muy limitada. Además, la clase obrera occidental comienza a despertar del falso letargo de paz tras años en los que los Estados occidentales desplazaron la guerra más allá de sus fronteras. Los Estados occidentales han entrado en un intenso

proceso de rearme. La combinación entre escalada bélica e inexistencia de organizaciones de masas independientes, capaces no sólo de organizar a los trabajadores potencialmente reclutables, en una eventual movilización generalizada de civiles, sino también de dotar de consciencia revolucionaria a la reacción espontánea contra la guerra, dibuja un panorama realmente trágico. Es por ello por lo que conviene detectar los rasgos comunes y dispares entre el militarismo de preguerra y el presente: para comprender la urgencia de avanzar en el proceso de construcción del Partido Comunista.

Los análisis económicos de los principales centros de pensamiento estratégicos del Capital coinciden en que las últimas décadas del capitalismo global están marcadas por el estancamiento económico y la intensificación de la competencia global. No es un elemento novedoso aportado por la literatura marxista el hecho de que la acumulación de capital en Occidente afronta graves problemas, así como que las potencias orientales están reforzando su posición de poder en las cadenas globales de valor. Antes de 1914, Occidente atravesaba una etapa de semi-prosperidad, fundamentada en el colonialismo, la industrialización masiva, el crecimiento del comercio, el aumento demográfico y el despliegue de las finanzas. No obstante, como detectaron los grandes pensadores marxistas de la época, empezaban a expresarse ya en la segunda mitad del siglo XIX las contradicciones internas propias de cualquier economía capitalista. Las recesiones, los pánicos bancarios, la sobreacumulación o los rendimientos decrecientes de la inversión capitalista estaban a la orden del día. Pero, en términos generales, no podemos hablar de un largo periodo de estancamiento secular. *Esta es la primera y única diferencia entre el militarismo de preguerra y el actual: si bien la situación económica en términos macroeconómicos es simplemente distinta, en términos de acumulación de capital, la actual es mucho peor.*

En los albores del capitalismo avanzado la competencia estuvo mediada por la necesidad de trasladar las contradicciones económicas del capital nacional a los territorios de ultramar, en una carrera por la apropiación del mundo. Los problemas de la acumulación nacional se suspendían temporalmente a través del dominio político transnacional. En el capitalismo del siglo XXI, está práctica plantea más dificultades. La extensión actual del capitalismo es total, y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es infinitamente más elevado. La participación del trabajo vivo en los procesos productivos se ha ido reduciendo en los últimos 100 años, y la capacidad para acumular, principalmente desde los 70, cada vez se ve más menguada. La producción de plusvalor, su cuantía, no hace posible generar una ganancia suficiente como para acumular capital de forma creciente. Como hemos explicado, la situación económica no es la misma, a pesar de que ambos contextos tengan las contradicciones internas del capital como fundamento. Sin embargo, ambos periodos sí coinciden en que las principales potencias del mundo, las de mayor desarrollo industrial y económico, no encuentran espacios de inserción en el mercado mundial que no genere fricciones.

En nuestro presente, esto es muy evidente. El conflicto entre bloques se expresa de manera cada vez más nítida a medida que uno de los bloques va ganando posiciones hegemónicas en detrimento del otro. Los conflictos militares en los que participa Occidente, de forma directa o indirecta, dejan de tener un carácter "aislado". Ahora, a los conflictos militares siempre les subyace la racionalidad de los bloques, esto es, rápidamente se manifiesta en qué medida el movimiento de un bloque debilita al otro, generando una tensión mayor entre los grandes actores de la contienda internacional: China y la OTAN.

La dimensión de bloque que adoptan los conflictos militares internacionales es consecuencia directa de la tensión competitiva que genera el desarrollo de las tendencias económicas capitalistas en el mercado mundial. Así, el aumento de los gastos militares en Occidente es, principalmente, una respuesta de los Estados a los potenciales frentes militares que pudieran abrirse mientras la lógica de la competencia empresarial capitalista va paulatinamente agotando todas sus posibilidades pacíficas. La aplicación de políticas tarifarias entre bloques e incluso de amenazas políticas cruzadas no son más que reacciones a las tensiones competitivas en el ámbito empresarial. *Este es el primer elemento común entre el militarismo de preguerra y el actual: la competencia económica es total y comienzan las tensiones políticas.*

El aumento de los gastos militares en Occidente es, principalmente, una respuesta de los Estados a los potenciales frentes militares que pudieran abrirse mientras la lógica de la competencia empresarial capitalista va paulatinamente agotando todas sus posibilidades pacíficas. La aplicación de políticas tarifarias entre bloques e incluso de amenazas políticas cruzadas no son más que reacciones a las tensiones competitivas en el ámbito empresarial





Desde la Segunda Guerra Mundial, Occidente ha sido generalmente capaz de desplazar la guerra más allá de sus fronteras. Como señalara Luxemburgo, la idea de “paz ininterrumpida (...) considera solamente los acontecimientos del continente europeo, no toma en consideración que la razón fundamental por la que no hubo guerra en Europa durante décadas es que los antagonismos internacionales han aumentado infinitamente más allá de las fronteras del continente europeo” (UP, 6). La situación durante las últimas décadas en Occidente ha sido similar. La guerra no ha cesado en ningún momento y el aparato militar ha seguido operando y tecnificándose. Adecuándose, en definitiva, a las necesidades que marcaba el mercado en cada momento.

Los gastos militares, empero, no han evolucionado linealmente desde 1949. Hasta el fin de la Guerra Fría, en 1991, «los gastos militares se mantuvieron en un proceso de crecimiento asociado especialmente al incremento de las nuevas armas nucleares y al desarrollo de alianzas militares como la OTAN y el Pacto de Varsovia. Adicionalmente, estas erogaciones aumentaron puntualmente con la guerra de Corea (1950-53) y con la guerra de Vietnam (1965-75)»^[5]. Al finalizar la Guerra Fría, los Estados occidentales redujeron en términos relativos los gastos militares. La ausencia de un hegemon competidor, por utilizar la terminología de Arrighi, y la apertura de una etapa de semi-prosperidad que finalizaría con la crisis del 2008, permitieron que el capitalismo occidental pudiera replegarse en lo referido a los esfuerzos dedicados al armamentismo y la guerra. Exceptuando los episodios bélicos vinculados a la “lucha contra el terrorismo”, que a estas alturas del artículo no merece la pena ni comentar, los recursos dedicados a los presupuestos en defensa fueron retrocediendo en la mayoría de los casos.

En el año 2014, durante la celebración de la Cumbre de Gales, la OTAN instó a todos sus miembros a invertir el 2% del PIB nacional gastos militares, meta a alcanzar durante los siguientes diez años. El fascismo organizado al calor del Euromaidán descabezó el gobierno regionalista ucraniano a comienzos de ese mismo año, lo que desató un conflicto militar entre Kiev y las regiones del Dombás. Comenzaba a gestarse el conflicto ruso-ucraniano y la OTAN, consciente de su papel, y de las consecuencias militares que podían acarrear las tensiones imperialistas con Moscú, decidió fijar esta nueva regla de gasto. La realidad es que desde entonces ha existido un pacto no oficial entre los Estados Unidos y el resto de estados miembros de la OTAN. El desmedido gasto de los EEUU, alrededor del 37,5% del gasto mundial, y más elevado que el gasto conjunto de China, Rusia, India, Reino Unido y Alemania^[6], permitió a los estados europeos vivir bajo el “paraguas de la OTAN”. Hasta ahora.

Según el SIPRI^[7], la importación europea de armas durante el periodo 2019-2023 ha aumentado un 94% respecto al lustro anterior. El Secretario General de la OTAN, John Stoltenberg, ha anunciado que en 2024 al menos 18 aliados alcanzarán el compromiso del 2%, que desde la Cumbre de Vilna del pasado año ha dejado de ser un objetivo final para pasar a ser un mínimo^[8]. En concreto, el Estado español ha aumentado, desde que Sánchez entrara al gobierno en junio de 2018, un 62,4% el gasto militar^[9]. Teniendo en cuenta que, según las previsiones, España cerrará el 2024 en el 1,3% sobre el PIB, es de esperar que durante la legislatura se vayan anunciando mayores subidas de los presupuestos de guerra. *Este es el segundo elemento común entre el militarismo de preguerra y el actual: los Estados occidentales están inmersos en un intenso proceso de rearme.*

Se dice que en 1939 el lugarteniente de Hitler, Hermann Göring, de notable sobrepeso, trató de explicar al pueblo alemán que «los cañones nos harán fuertes; la mantequilla sólo nos hará más gordos». El régimen fascista de Benito Mussolini colocó carteles por toda Italia con el lema *Burro o cannoni?* (“¿mantequilla o cañones?”). El origen histórico de la expresión es incierto. Algunos se lo atribuyen al Secretario de Estado de los EEUU, Jennings Bryan; otros, al economista austriaco Von Wieser. Hoy, la situación es muy similar a la que comenzaba a gestarse a principios del siglo XX, cuando la disyuntiva ente cañones y mantequilla empezaba a expresarse por primera vez en la historia del capitalismo. Kautsky señalaba por aquel entonces que el aumento de los presupuestos militares ponía en peligro “las obras civilizadoras más urgentes (...); el mejoramiento de las escuelas, de las vías de comunicación, caminos y canales, etcétera” (EP, 56).

Desde hace aproximadamente un año, los estados occidentales comienzan a afrontar serios problemas de sostenibilidad fiscal. Muchos de ellos, como Francia, Alemania o Reino Unido, ya han anunciado varios paquetes de recortes. Esto se debe, en parte, al enorme esfuerzo fiscal que supuso la pandemia, pero también al regadío sistemático de dinero público que han desplegado los estados para hacer más competitivas a las empresas nacionales, dadas las grandes tensiones mercantiles que caracterizan nuestro presente. Desde este punto de vista, el rearme aparece no sólo como una potencial ofensiva contra el proletariado extranjero, quien acabará pagando los platos rotos de la burguesía con su vida, como sucede siempre en la guerra capitalista. También como forma particular de ofensiva capitalista contra el proletariado nacional, «ya que éste paga los gastos de la lucha entre los competidores» (EP, 63). *Este es el tercer elemento común entre el militarismo de preguerra y el actual: el proceso de rear-*

El único organismo capaz de organizar masivamente a la mayoría –cuyos intereses no pasan, en ningún caso, por masacrarse en el campo de batalla en defensa de un trapo nacional– es el Partido Comunista. La crítica al militarismo sólo consigue un efecto realmente pacificador cuando contribuye a la organización de este partido



me se va a financiar con el empobrecimiento de la clase trabajadora.

La unión de la socialdemocracia en torno al programa político de la burguesía, que tanto criticaba Kautsky en 1910^[10] pero que luego la burocracia centrista del SPD asumió cuando hubo de votar los presupuestos de guerra, es a día de hoy la realidad imperante en los Estados occidentales. Los elementos más progresistas del parlamento burgués, en el gobierno o en la oposición, aprueban cada uno de los programas de rearme, dan luz verde a las misiones específicas de apoyo a Ucrania y venden abiertamente armas a Israel. Desde luego que la suya es una política de parte, concretamente la del imperialismo occidental.

A día de hoy, no existe ningún partido capaz de oponerse a la política imperialista del Estado. Todos y cada uno de ellos niegan la necesidad de una política independiente para el proletariado. Ninguno, sin excepción, se opone al marco político de la burguesía y a la explotación económica que tiene por base. Así, todo el arco parlamentario disipa sus diferencias internas cuando se trata de hacer la guerra contra el proletariado. El desastre militar al que nos empujan los imperialistas ya arrasó con la vida de decenas de millones de proletarios en el siglo anterior. El único organismo capaz de organizar masivamente a la mayoría –cuyos intereses no pasan, en ningún caso, por masacrarse en el campo de batalla en defensa de un trapo nacional– es el Partido Comunista. La crítica al militarismo sólo consigue un efecto realmente pacificador cuando contribuye a la organización de este partido. Sin el Partido, no somos más que brazos disponibles para el reclutamiento militar. Por todo ello, el problema de los gastos militares se revela una vez más en la historia como un problema de la lucha de clases capitalista. ●

NOTAS

[1] La mayor parte de los análisis expuestos en este artículo toman de referencia la situación del capitalismo en Alemania. Algunas posiciones sobre el carácter revolucionario de la burguesía, el cambio en los gastos militares o cualquier elemento revestido de novedad histórica encuentran su primera expresión, realmente, en Gran Bretaña.

[2] Hobsbawm, Eric (2009). *La era del imperio*. Planeta. Buenos Aires. pp. 315-316.

[3] Karl-Ludwig Gunsche and Klaus Lantermann (2005). *Historia de la Internacional Socialista*. Editorial Nueva Imagen. p. 18.

[4] Luxemburgo, Rosa (1913). La idea del día del trabajo. *Leipziger Volkszeitung*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1913/4/a.htm#:~:text=La%20brillante%20idea%20principal%20de,a%20d%C3%ADa%2C%20que%20en%20su>

[5] Rodríguez García, José Luis (2014). El impacto del gasto militar en el mundo: 1950-2013. *Revista de Estudios Estratégicos*. No. 1. pp. 117-125.

[6] Datos disponibles en: <https://es.statista.com/estadisticas/635107/paises-con-el-gasto-militar-mas-alto/>

[7] Stockholm International Peace Research Institute: “Steep rise in European arms imports”. Disponible en: <https://www.sipri.org/visualizations/2024/steep-rise-european-arms-imports>

[8] El Mundo. Internacional: “18 de los 31 miembros de la OTAN llegarán al 2% de gasto en Defensa este año”. 14 de febrero de 2024. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2024/02/14/65c-c9b50e85ece886e8b4589.html>

[9] El Economista: “El gasto militar aumenta en España un 62,4% desde la llegada de Sánchez”. 29 de abril de 2024. Disponible en: <https://www.economista.es/economia/noticias/12782086/04/24/el-gasto-militar-aumenta-en-espana-un-624-desde-la-llegada-de-sanchez.html>

[10] “Por el momento el Partido Socialista no puede participar en el poder sino vendiendo su fuerza política a un gobierno burgués. El proletariado, como clase, nada podría ganar con ello; sólo los parlamentarios que concluyesen la venta podrían ganar alguna cosa. (...) Cualquiera que vea en el Partido Socialista un arma de emancipación del proletariado debe oponerse con toda energía a que participe en la corrupción de las clases dirigentes. Si hay un medio de hacernos perder la confianza de todos los elementos sinceros de la masa, de traernos el desprecio de todas las capas combativas del proletariado, de obstaculizar nuestra marcha hacia adelante, ese medio es la participación del Partido Socialista en un bloque burgués. Los únicos elementos que sacarían provecho serían esos para quienes nuestro partido sólo es un trampolín que les permite elevarse, los arribistas y los sinecuristas.” (EP, 66)



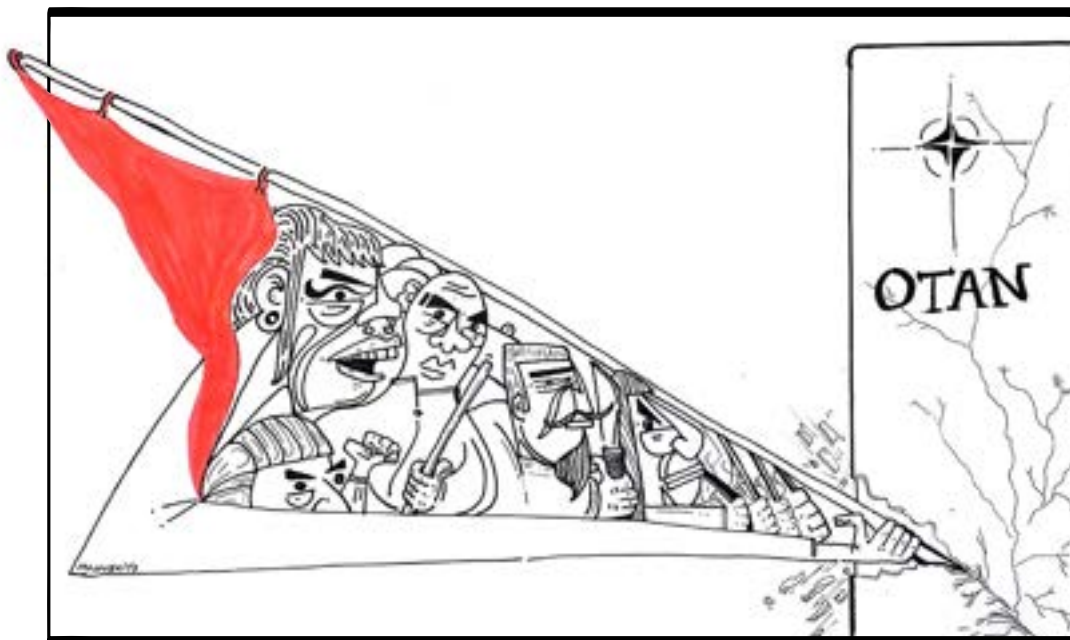
REFERENCIAS

Engels, Friedrich (1975). *Temas militares*, Akal Madrid.

Kautsky, Karl (1909). El camino del poder. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1909/1909-caminopoder-kautsky.pdf>

Lenin, Vladimir (1920). *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Disponible en: https://www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/lenin_imperialismo.pdf

Luxemburgo, Rosa (1911). Utopías Pacifistas. *Leipziger Volkszeitung*. Disponible en: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/luxembr/d/luxemburgorde0008.pdf



Haced caso a Von der Leyen: preparémonos para la guerra

Texto — **Eli Irazu**

Imagen — **Manubeltz**

"En los últimos años, muchas ilusiones europeas han sido destruidas. La ilusión de que la paz es permanente [...] Miramos a nuestro alrededor, y está claro que no hay lugar para más ilusiones". Así hablaba en febrero la señora Ursula Von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea. Hay que aceptarlo: tiene razón. ¿Qué hemos visto en los últimos años? Una pobreza cada vez mayor, endurecimiento de la ley, destrucción progresiva del estado de bienestar, la expansión de ideas y grupos fascistas; guerra, otra vez, en el continente; (otro) genocidio más en nuestras pantallas. La ilusión de que las cosas iban bien se ha desvanecido. El horizonte es oscuro; ancianos y jóvenes, todos hablan sobre la pérdida.

Es difícil decidir quiénes merecen más odio: los belicistas, que, como si fueran vampiros, se presentan sedientos de sangre de pobre, o los falsos seductores, que, con una sonrisa, intentan esconder su impotencia total con su hipocresía en contra de la guerra. No tengáis ninguna duda: tanto unos como otros nos conducen a la guerra

"Estamos viendo la potencia y los peligros de una liga de autoritarios creciente y alarmante. [...] Y los estados Miembro también han reforzado su gasto en defensa. Su presupuesto de defensa nacional ya ha aumentado en un 20% respecto al año pasado". Hay que admitirlo: es refrescante escuchar a un político hablar tan claramente. "Pero tenemos mucho más que hacer. Y debemos gobernar con rapidez [...] La amenaza de la guerra no es, tal vez, inminente, pero no es imposible".

La señora Von der Leyen ha tenido un lapsus. Se le ha olvidado que la guerra ya es. Tal vez no ha leído el informe que *The New York Times* publicó en agosto de 2023, según el cual los soldados muertos en Ucrania son alrededor de 70.000, es decir, más del doble de la cifra aportada por el gobierno de Zelensky. Se lo perdonaremos a Von der Leyen, pues últimamente anda muy atareada. Y ahora, además, ¡se le ha sumado la preocupación de lo que se está cocinando en Oriente Próximo! Perdonémosla pues, porque el mensaje, al final, es suficientemente claro: nos conducen a la guerra.

"No tenemos el lujo del confort, esa es la realidad. No tenemos el control sobre las elecciones o decisiones en otras partes del mundo. Y, simplemente, no tenemos tiempo para evitar el tema". Von der Leyen y sus amigos nos conducen a la guerra, tanto los socialdemócratas como los derechistas, ecologistas o liberales. A veces es difícil decidir quiénes merecen más odio: los belicistas, que, como si fueran vampiros, se presentan sedientos de sangre de pobre, o los falsos seductores, que, con una sonrisa, intentan esconder su impotencia total con su hipocresía en contra de la guerra. No tengáis ninguna duda: tanto unos como otros nos conducen a la guerra.

"En la raíz [...], la cuestión es que tomemos nosotros la responsabilidad de lo que es vital y existencial para nosotros. Es nuestra habilidad, pero también nuestra voluntad defender nuestros intereses y valores [...]. Este paso [...] no será fácil. Requerirá decisiones valientes y coraje político [...]. La buena noticia es: ya hemos empezado gran parte de ese trabajo". El bando Von der Leyen tiene clara su tarea. Vivimos en una época de crisis; es tiempo de cambio. El mundo no volverá a ser nunca lo que era, pero éste no es un motivo para entristecerse. Pues la nostalgia es un sentimiento inútil, uno que debe ser descartado por todo revolucionario. "Porque la verdad es que no hemos estado conviviendo con el conflicto solo desde 2022, sino desde mucho antes".

¿Debemos quedarnos de brazos cruzados mientras hacen la guerra en contra de nuestros hermanos y hermanas? ¿O cuando nos quieren mandar a matarlos? ¿Acaso tenemos algo que perder? La ley de Von der Leyen y los suyos es la ofensiva imparable en contra de toda forma de vida. Nuestro es, en cambio, el proyecto de construir un mundo de libres e iguales. Ellos nos dan: miseria y muerte. ¿Qué les vamos a dar nosotros si no nuestra oposición más ferviente, nuestra justa rabia, nuestros cuerpos y mentes, convertidos en arma contra ellos? "Esto no es solo cuestión de derrotar a abusos en el campo de batalla, sino a lo largo de toda nuestra sociedad".

¡Compañeros, compañeras, escuchemos a la señora Von der Leyen! ¡Hagámosle caso! ¡Preparémonos para la guerra! ●





LA UNIÓN EUROPEA CAMINO A LA GUERRA

De los fondos de recuperación a los fondos de destrucción

Texto — **Jose Castillo**

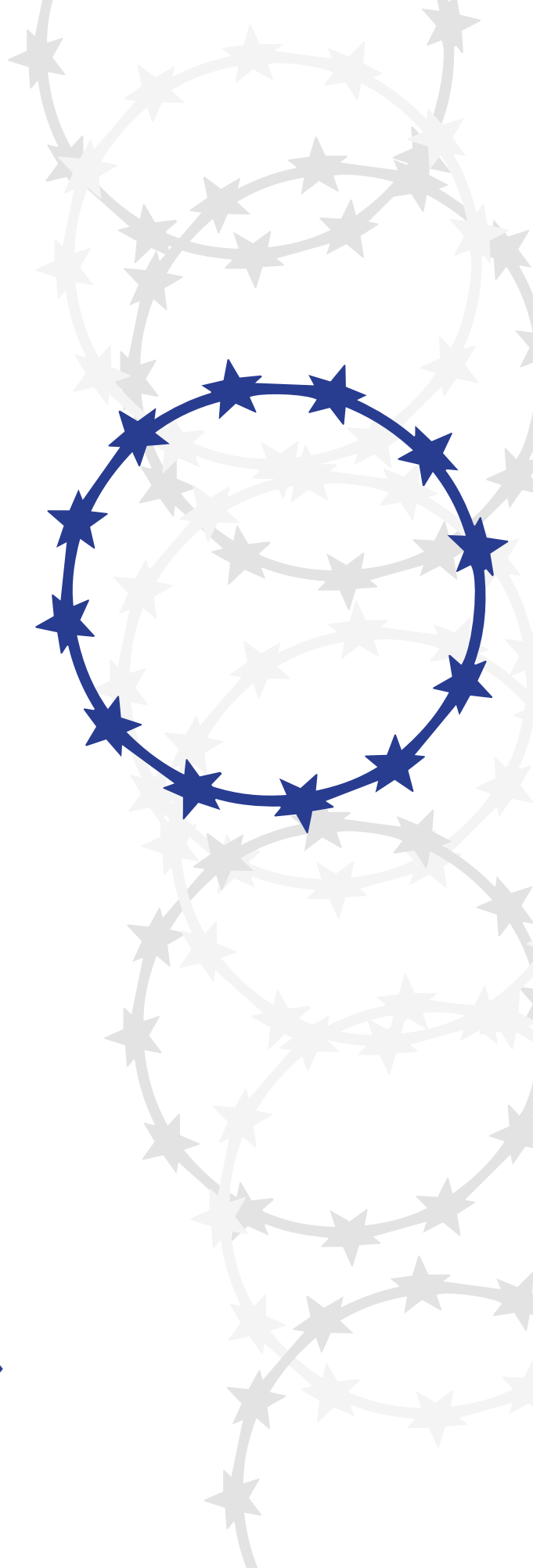
Imagen — **Zoe Martikorena**

«No podemos permitirnos que Rusia gane la guerra, de lo contrario los intereses estadounidenses y europeos se verían perjudicados. No es una cuestión de generosidad, de apoyar a Ucrania porque amamos al pueblo ucraniano. Es una cuestión de nuestro propio interés»

Josep Borrell, alto representante de la UE para Asuntos Exteriores

«Si queremos la paz, preparémonos para la guerra»

Nota de prensa del Consejo Europeo del 5 de marzo de 2024



Las citas que se recogen como apertura de este artículo resumen el contexto europeo de los últimos meses, en el que grandes dirigentes de la Unión Europea (UE) y sus estados miembros no han dejado de mandar mensajes belicistas a la población. La prensa no ha tardado en recoger el guante y expandir estos tambores de guerra, creando un contexto en el que se va preparando a la población para la batalla o, al menos, para las medidas económicas y sociales de carácter bélicas que se van a ir adoptando en el futuro cercano.

Los más interesados en la historia pueden extrañarse por el resonar de las campanas de guerra por parte de un actor como la UE, ya que, en teoría al menos, el proceso de integración europeo se fundó para evitar una nueva guerra en suelo europeo. Robert Schuman, considerado padre fundador de lo que a posteriori sería la UE, escribía estas palabras en 1950 refiriéndose a la unión de los países europeos, sobre todo a Francia y Alemania: “Cambiará el destino de esas regiones, que durante tanto tiempo se han dedicado a la fabricación de armas de las que ellas mismas han sido las primeras víctimas”^[1].

¿Qué ha pasado entonces para llegar de nuevo a este punto? ¿Se dirigen de nuevo las grandes potencias europeas a la construcción de lo que a posteriori “ellas mismas serán las primeras víctimas”?

LA UE Y LA GUERRA EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

La guerra y la economía de guerra son una contradicción vital para superar las contradicciones históricas internas del modo de producción capitalista; la destrucción de capital y su posterior reconstrucción activan industrias clave y hacen avanzar tecnológicamente a los países ganadores en la contienda. Sin embargo, no debe pensarse que existe una relación mecánica directa entre crisis y guerra. Es decir, los líderes políticos y militares no tienen en mente la caída tendencial de ganancia a la hora de movilizar a sus ejércitos. Sin embargo, entender las tendencias intrínsecas del capitalismo a largo plazo es clave para entender el contexto en el que se gestan las guerras^[2].

Si definimos a la UE como el bloque geoeconómico por el que los capitales europeos hacen valer su posición en el mercado mundial capitalista, cabe preguntarse por qué durante el largo proceso de integración europeo no se ha creado un ejército común al igual que las instituciones de gobernanza económica y políticas, como el Banco Central Europeo, el Banco Europeo de Inversiones o la Comi-

sión y el Parlamento Europeo. Es decir, si a cada gran bloque geopolítico capitalista le corresponde un gran ejército que acompañe y ayude la acumulación de capital en esta misión, ¿por qué la UE no dispone de nada parecido?

Para responder a esta pregunta debemos remontarnos a la década de 1950, cuando se dan los primeros pasos del proceso de integración europeo. Hemos de recordar que en las primeras etapas de este proceso Estados Unidos jugó un papel fundamental, ya que mediante el Plan Marshall fue el gran financiador de la reconstrucción de los países europeos tras la Segunda Guerra Mundial. Además, a Estados Unidos, que emergió de la contienda como la gran potencia manufacturera capitalista, le convenía un mercado europeo unido que fuera su principal comprador y socio comercial. Pero de ninguna manera le convenía que esta integración fuera más allá de lo meramente económico, ya que para aquel entonces Estados Unidos ya había apostado por la OTAN, la alianza militar que ellos mismos encabezaban, para ser la encargada de liderar la defensa militar europea^[3].

Esta decisión de liderazgo militar de la OTAN frente a los países europeos no estuvo exenta de tensión. Sobre todo, con la gran potencia militar continental europea, Francia. El Estado francés desarrolló sin la ayuda estadounidense sus propias armas nucleares y llegó a retirarse del mando militar de la OTAN en 1966, bajo la presidencia del antiguo general Charles de Gaulle. Esta decisión se mantuvo hasta el año 2009, cuando Nicolas Sarkozy decidió reintegrar a Francia al mando militar de la Alianza Atlántica nuevamente.

Sin embargo, al margen de Francia, ningún país europeo tuvo en la segunda mitad del siglo XX la capacidad política y militar para contestar el mando de la OTAN. Por ello, todo el proceso de integración europeo fue por el camino de una mayor unificación económica y no por el camino de una mayor unión militar, que se dejó en manos del mando de Estados Unidos mediante la OTAN. Así se labró un proceso por el que Europa occidental se consolidó como segundo bloque geoeconómico más importante del mundo, tras EEUU y estando al amparo militar de este, pero sin necesariamente participar de todas las aventuras bélicas que el Tío Sam decidía iniciar.

La guerra y la economía de guerra son una contratendencia vital para superar las contradicciones históricas internas del modo de producción capitalista; la destrucción de capital y su posterior reconstrucción activan industrias clave y hacen avanzar tecnológicamente a los países ganadores en la contienda

Este último punto es importante, ya que no debe entenderse que la relación UE-OTAN (y EEUU) haya sido siempre de una subordinación directa. Al contrario, las relaciones internacionales capitalistas están atravesadas por constantes tensiones intercapitalistas, incluso entre aquellos países que a priori parecen aliados. Ejemplo de ello puede ser el proceso de creación de la moneda común europea, el euro, con el que EEUU no mostraba mucho entusiasmo, dado que podía poner en peligro la preponderancia del dólar como divisa de referencia comercial y financiera mundial. No es casualidad que, coincidiendo con la etapa final de creación del euro en la década de 1990 y principio de los 2000, los mandos militares estadounidenses intenten arrastrar a los países de la UE a dos guerras: la de Yugoslavia y la de Oriente Medio, sobre todo en Irak y Afganistán^[4].

Para la inteligencia estadounidense, la guerra siempre ha sido un recurso para poder disciplinar a los países europeos bajo su órbita, en caso de que estos estuvieran adquiriendo una excesiva autonomía respecto de Washington. Las élites político-económicas europeas son conscientes de esta tensión, pero una vez concluida la Guerra Fría y dejado atrás el peligro de la expansión soviética, muchas de ellas entienden que un mundo más multipolar puede beneficiarles. Es el caso paradigmático de lo ocurrido con Irak, que a principios de los 2000 toma bajo el mando de Sadam Hussein la decisión de comenzar a comerciar parte de su ingente reserva de petróleo en euros, en detrimento del dólar estadounidense. Esta decisión geopolítica beneficia enormemente a la recién creada divisa europea, por ello Francia y Alemania, como principales estados líderes de la UE, no apoyan la intervención estadounidense de Irak^[5].

No obstante, se puede decir que la visión que tenían muchos líderes europeos en la inmediata postguerra fría pecó de cierta ingenuidad geopolítica, ya que las grandes potencias europeas apostaron por consolidarse como potente bloque económico y monetario, con la creación del euro y la unificación alemana como gran potencia exportadora europea. Pero, a la vez, entendieron que, una vez derrumbada la Unión Soviética, muchos de los gastos militares que mantenían podían ser desviados a otros sectores, en un mundo en el que se abrían grandes mercados en los países del bloque del Este. Así, desde principio del nuevo siglo hasta la segunda mitad de la década del 2010, se dio una desmilitarización relativa de la UE y sus estados miembros.

Según un reciente estudio del Instituto Francés de Relaciones Internacionales^[6], entre 1991 y 2021 los países del seno de la UE redujeron su reserva de tanques operativos en un 66%, de cazas aéreos en un 45% y de flota naval en un 25%. Francia, pese a mantenerse como la principal potencia militar de la UE, también ha seguido la misma tendencia: reduciendo el número de tanques disponibles de 1.349 a 222, el número de cazas de 686 a 254 y el número de buques de guerra de 41 a 19. En términos de personal militar, entre estos mismos años, el Estado galo redujo su ejército y servicios paralelos en un 55%, pasando de tener un personal activo de 453.0000 a tener uno de 203.000.

Esto no quiere decir que la UE no tenga una visión militar común. Desde que en 1999 entró en vigor el Tratado de Ámsterdam, existe una Política Común de Seguridad y Defensa de la UE, que depende del alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, actualmente Josep Borrell. Sin embargo, el presupuesto militar para lo que podría ser el desarrollo de un ejército común de la UE es bastante limitado, de en torno a los 30 millones de euros anuales. Además, en todos los tratados fundacionales y rectores de la UE se menciona que la política de defensa europea está en todo momento subordinada a las estrategias adoptadas en el marco de la OTAN.

Por tanto, antes del inicio de las tensiones geopolíticas en Ucrania, con un golpe de estado favorecido por intereses estadounidenses en el año 2014, la UE se encontraba en plena crisis económica, con unos ejércitos nacionales no preparados para el combate y una división territorial clara respecto a lo que la estructura militar de la UE debería ser, pues los países bálticos y del este de Europa prefieren que su defensa militar dependa directamente de la OTAN. Mientras, en estados occidentales como Francia, Alemania o España, se pueden escuchar voces, amplificadas durante el mandato de Donald Trump en la Casa Blanca, de que la UE debería buscar una “autonomía estratégica” en el ámbito militar.

EL PLAN DE REARME EUROPEO

La visión ilusa que las élites europeas pudieran tener sobre la geopolítica de la postguerra fría quedó evaporada tras las invasiones estadounidenses de Afganistán e Irak a principios de la década de los 2000. En el 2007, con la firma del Tratado de Lisboa, que supone el mayor paso dado para consolidar las instituciones comunes de la UE hasta la fecha, se establece que todos los estados miembros se comprometen a mejorar progresivamente sus capacidades militares.

Para la inteligencia estadounidense, la guerra siempre ha sido un recurso para poder disciplinar a los países europeos bajo su órbita, en caso de que estos estuvieran adquiriendo una excesiva autonomía respecto de Washington

No obstante, durante la década del 2010, la UE estuvo mayormente centrada en la gestión de la crisis económica y en los planes de ajuste aplicados a los países del sur mediterráneo. Por ello, se puede observar que el plan de rearme actual se está llevando a cabo con algo de urgencia e improvisación. En el actual contexto de posible expansión de la guerra de Ucrania, la UE ve que no tiene capacidad militar ni industrial para mantener una guerra a gran escala y prolongada en el tiempo. Por ello, ha habido un nuevo realineamiento con las decisiones de la OTAN y los intereses geopolíticos estadounidenses. La UE es consciente de que su capacidad bélica depende de estar bajo el escudo estadounidense, pero a la vez teme una nueva llegada de Trump a la presidencia que podría dejar a la UE más aislada en el combate frente a la Rusia de Putin.

En todos los tratados fundacionales y rectores de la UE se menciona que la política de defensa europea está en todo momento subordinada a las estrategias adoptadas en el marco de la OTAN



En el actual contexto de posible expansión de la guerra de Ucrania, la UE ve que no tiene capacidad militar ni industrial para mantener una guerra de gran escala y prolongada en el tiempo. Por ello, ha habido un nuevo realineamiento con las decisiones de la OTAN y los intereses geopolíticos estadounidenses

La rueda de prensa del 19 de marzo de 2024 del Consejo Europeo, que representa a todos los jefes de estado o de gobierno de la UE, es un buen resumen de la estrategia que adoptarán las instituciones europeas en el ámbito militar en el futuro más cercano. En esta comunicación, los líderes de la UE notificaron que los tres pilares por los que la UE va entrar en una especie de semi economía de guerra son: aumentar el apoyo militar y de municiones a Ucrania, financiar la modernización de la industria militar europea mediante fondos públicos y duplicar las compras a la industria europea de aquí a 2030. Con esto la UE pretende generar el efecto económico que no han logrado generar los fondos de recuperación *NextGenEU*: la creación de empleos estables a gran escala y un crecimiento económico consolidado de todos sus estados miembros.

Sin embargo, tanto la UE como Estados Unidos se encuentran actualmente con problemas para mantener el ritmo de suministro de ayuda militar a Ucrania. Según una reciente estimación del *Financial Times*, existe una gran disparidad entre la producción de munición de Rusia y la de Occidente. La producción anual de munición de artillería de Rusia ha pasado de 800.000 proyectiles anuales antes de la guerra a una cifra estimada de 2,5 millones anuales, o 4 millones si se incluyen los proyectiles reacondicionados. La capacidad de producción de la UE y Estados Unidos es de unos 700.000 y 400.000 respectivamente, aunque la UE pretende alcanzar 1,4 millones a finales de este año y Estados Unidos los 1,2 millones^[7].

Los líderes de la UE son conscientes de que para que Ucrania mantenga el pulso militar a Rusia necesita de manera urgente balas, misiles y sistemas de defensa aérea para controlar los cielos. Para ello,

la UE va a utilizar el presupuesto europeo y también planea utilizar los beneficios adquiridos de los activos financieros inmovilizados a Rusia por las sanciones para comprar armas a Ucrania. El tema clave, aún nada claro, es si esta escalada supondrá el envío directo de tropas a tierras ucranianas, cosa que Rusia podría entender como una agresión conjunta de los miembros de la OTAN contra su integridad vital como estado.

Para prepararse para un escenario de guerra, la UE va a modificar de facto aspectos clave de su entramado industrial-productivo, por lo que ya ha pedido a todos sus estados miembros “integrar una cultura de preparación para la defensa en todas las políticas”. La Estrategia Industrial Europea de Defensa (EDIS) presentada en marzo de este año va a suponer la mayor remodelación económica europea desde la entrada en vigor del euro. Esta nueva iniciativa legislativa tomará medidas de emergencia a corto plazo, adoptadas en 2023 y que finalizarán en 2025, y de más largo plazo para lograr la preparación de la industria militar europea para las próximas décadas. Los puntos principales son tres: primero, adquirir al menos el 40% del equipo de defensa de manera común entre todos los estados de la UE para 2030; segundo, fortalecer el comercio militar entre los estados miembros, garantizando que para 2030 el valor del comercio militar intracomunitario represente al menos el 35% de todas las compra-ventas de armas de la UE; y tercero, duplicar lo que se compra a la industria armamentística europea. Avanzar de manera constante hacia la adquisición de al menos el 50% de su presupuesto de compras militares dentro de la UE para 2030 y el 60 % para 2035.

Para alcanzar estos objetivos, las instituciones europeas van a facilitar vías para que la industria militar acceda más fácilmente a financiación tanto pública como privada. Incluso la UE se está planteando ya la emisión de eurobonos parecidos a los emitidos para financiar los fondos de recuperación de la Covid-19, pero en este caso para financiar el rearme. “Si se pueden usar para la reconstrucción postpandemia, se pueden usar para evitar la destrucción de Ucrania”, afirmó recientemente el encargado de la política exterior de la UE, Josep Borrell. Aun así, estos fondos emitidos por deuda conjunta aún no son una realidad, debido a que los países centrales y nórdicos de la Unión, más favorables a la austeridad fiscal, ven aún con cierto recelo cargar todo el peso del rearme a la deuda pública europea.

En lo que sí existe consenso es en cambiar los estatutos del Banco de Inversiones Europeo, liderado por la exvicepresidenta española Nadia Calviño, para que este pueda invertir de manera directa en la industria militar continental. Por tanto, la promesa hecha tras la pandemia de que los fondos abrían un nuevo marco por el que la intervención estatal iba a promover el crecimiento económico para la reconversión ecológica y tecnológica está tornando hacia un escenario en el cual la intervención del estado o supraestado europeo va a ser para modernizar el capital militar.

COMPETICIÓN Y KEYNESIANISMO MILITAR

La industria militar es una industria especialmente particular dentro de las relaciones sociales capitalistas, ya que su oferta y demanda no dependen directamente del mercado, sino que es el estado quien permite comenzar y reproducir el proceso de producción armamentístico, al ser el principal cliente y demandante de armamento. Pero hay estados con mayor demanda que otros, lo que posibilita la creación de una industria armamentística más competitiva dentro de su órbita.

Este último es el caso de Estados Unidos y su industria militar. La industria militar estadounidense ha dispuesto de contratos constantes y multimillonarios, mientras la europea no. Porque EEUU siempre ha estado en guerra o en apoyo directo a segundos estados que lo han estado, como Israel. Por ello en el ranking de las diez principales empresas armamentísticas mundiales aparecen cinco estadounidenses y tres de ellas liderando el ranking: Lockheed Martin, RTX Corporation y Northrop Grumman. En contraste, solamente la italiana Leonardo S.p.A aparece en esta clasificación, y lo hace ocupando el décimo lugar.

Esto es lo que va a intentar cambiar la nueva estrategia de industria de defensa de la UE, centralizando el poder de compra militar en la Comisión Europea. Debido a que comprar armamento fuera no crea oportunidades de relanzar la inversión y crear empleos en el seno de la Unión, se quiere fortalecer la industria armamentística propia. Se podría decir que el plan de rearme europeo pretende ser un nuevo pacto social de bienestar, pero esta vez un pacto social bélico.

La transferencia de dinero público a empresas armamentísticas ya ha comenzado. La principal empresa armamentística alemana, Rheinmetall, ya ha recibido en lo que va de año más de 130 millones de euros de fondos de la UE para aumentar la capacidad de producción en el sector de artillería. Así mismo, en octubre de 2023, ganó un concurso del gobierno alemán para proveer a Ucrania de sistemas de reconocimiento de drones; en noviembre firmó el suministro a Ucrania de 25 tanques Leopard 1A5 y cinco vehículos blindados; y, finalmente, en febrero de este año anunció un acuerdo con otra empresa alemana para crear una fábrica de munición en el propio suelo ucranio. Esta empresa ha multiplicado por cinco sus ventas los últimos dos años y es una de las empresas que más alto cotiza actualmente en la bolsa alemana.

Se podría decir que el plan de rearme europeo pretende ser un nuevo pacto social de bienestar, pero esta vez un pacto social bélico



Además de la competencia empresarial y geopolítica, la UE tiene en su frontera oriental el ejemplo de la economía de guerra aplicada en Rusia, que parece estar dándole buenos resultados, al menos en el corto plazo. En febrero de 2024, el Fondo Monetario Internacional (FMI) destacó la fortaleza de la economía rusa, mejorando su previsión de crecimiento para este año del 1,1% al 2,6%. Según las cifras del FMI, la economía de la potencia euroasiática creció más rápida que la de todos los estados del G7 el año pasado y volverá a hacerlo en 2024. Asimismo, los salarios están registrando máximos históricos debido a la escasez de fuerza de trabajo y la movilización de las capas más proletarizadas de la sociedad para engrasar el ejército y su industria.

Hasta ahora, esta economía bélica se ha sufragado con el déficit presupuestario del gobierno ruso, que ha más que triplicado el gasto militar en los últimos dos años, aproximándose al gasto militar de la época de la URSS durante la Guerra Fría. Sin embargo, un reciente estudio de los expertos en política rusa^[8] basado en los informes estratégicos publicados por el ministerio de Hacienda del Kremlin, concluye que el plan ruso consiste en no cargar excesivamente el déficit y deuda gubernamentales con el gasto militar. Por lo que se tratará de recortar de ciertos gastos sociales y subir impuestos a otros sectores económicos para sufragar el gasto bélico, algo contrario a la lógica keynesiana clásica en tiempos de crisis.

El economista marxista Michael Roberts^[9] recuerda que la producción de guerra rusa es básicamente improductiva para la acumulación de capital a largo plazo. El crecimiento potencial del PIB real de Rusia probablemente no sea superior al 1,5% al año, ya que el crecimiento está limitado por un recalentamiento de la economía rusa que ya está generando presiones inflacionistas. A esto se le une la falta de mano de obra cualificada y las bajas tasas de inversión y productividad. Por ello, el keynesianismo militar ruso se financiará los siguientes años en base a recortes sociales y las subidas salariales pueden ser de corto recorrido en el tiempo.

La economía de guerra en la UE se dibuja en los mismos términos, ya que los grandes estados europeos ya han anunciado planes de recorte del gasto social para derivarlo al gasto militar. El gobierno de Macron en Francia anunció recientemente que implementaría un recorte en el gasto público de 10.000 millones de euros en las cuentas de este año y un endurecimiento del acceso a los subsidios por desempleo. Por su parte, Alemania, que vive una fuerte crisis industrial por el corte a su economía del acceso a la energía rusa, ya aprobó unos presupuestos que reducían todas las partidas sociales, mientras el gasto militar crecía sustancialmente para cumplir con el 2% respecto al PIB exigido por la OTAN.



El keynesianismo militar puede ser visto por cierta izquierda como la última bala para reeditar este pacto social de bienestar. El gasto bélico estatal puede generar empleo y subidas salariales a corto plazo, pero además de no alterar la base productiva de la sociedad, desata una tendencia destructiva a medio largo plazo incalculable

LA IZQUIERDA Y EL FETICHE KEYNESIANISMO

La nueva izquierda, que se situaría a la izquierda de la socialdemocracia clásica, lleva argumentando, teórica y políticamente, que la vuelta del estado como actor regulador de la economía es un hecho en la coyuntura de la postpandemia. Sin entender que el estado nunca se había ido de su papel de regulador de las relaciones sociales capitalistas, y que un mayor gasto social no necesariamente supone un mayor gasto en políticas sociales. Así, los fondos europeos de recuperación y el Green New Deal han sido vistos como herramientas que iban a reinstaurar un pacto de bienestar al estilo de la segunda postguerra mundial, y sus resultados al respecto han sido escasos.

Ante estas perspectivas, el keynesianismo militar puede ser visto por cierta izquierda como la última bala para reeditar este pacto social de bienestar. El gasto bélico estatal puede generar empleo y subidas salariales a corto plazo, pero además de no alterar la base productiva de la sociedad, desata una tendencia destructiva a medio largo plazo incalculable. Al igual que el cocinero que elabora el postre más delicioso pero calórico posible terminará comiéndose este, una economía que produce armas en gran cantidad terminará usando estas para el propósito que han sido creadas: generar matanzas y destrucción a gran escala.

Por ello resulta inocente la propuesta realizada ante los tambores de guerra por el gobierno de Pedro Sánchez. Este propuso que la producción de armas sirva para la tecnologización del resto del tejido productivo, sin centrarse únicamente en el

armamento puramente militar. Pero esta es una consecuencia que tiene la industria bélica ya de por sí, ya que toda guerra ha producido una modernización del tejido productivo, pero a costa de una anterior destrucción de capitales e ingentes vidas humanas.

En cuanto al relato de una UE más social, es paradigmático el último texto que publicaba uno de los principales exponentes intelectuales del entorno del partido Sumar, Xan López, en su blog personal titulado *Tres historias financieras (y una coda climática)*. En el mismo, argumentaba que frenar el cambio climático debía ser rentable para que las instituciones independientes del poder legislativo, como el Banco Central, apostasen por su financiación vía políticas monetarias extraordinarias. Sin embargo, a la luz de los recientes hechos, podemos decir que la apuesta inmediata de las autoridades monetarias europeas es la de volver a la austeridad fiscal en lo social y la expansión de gasto en lo militar. Lejos, pues, de los sueños húmedos de la izquierda sobre la vuelta del Estado social de bienestar.

Además, tenemos casos empíricos de la relación entre izquierda gobernante y aumento del gasto militar, puesto que los presupuestos más militaristas de la historia reciente en los Estados de España y Alemania los están liderando partidos socialdemócratas. Y, anteriormente, cuando la “izquierda radical” de Syriza consiguió el poder gubernamental en Grecia, no rompió ni uno de los acuerdos militares que el país heleno tenía suscritos con Estados Unidos y sus empresas armamentísticas. De hecho, Grecia se mantuvo con Syriza como uno de los cuatro miembros de la OTAN que cumplía con el nivel de gasto militar exigido por la misma, gastando más del 3% de su PIB en épocas de recortes sociales sin parangón. Asimismo, el país heleno continuó siendo el mayor importador de armas, en proporción respecto a su PIB, de toda la UE. Syriza también firmó a principios de abril de 2015 el mayor acuerdo de la última década de compra y modernización de armamento con la compañía estadounidense Lockheed Martin, por valor de 464 millones de euros.

CONCLUSIONES

En conclusión, la dimensión económica de la economía de guerra puede que mejore ciertas perspectivas económicas de los estados en crisis del centro europeo. Por su poder de arrastre de fuerza de trabajo y la innovación industrial que supone, pero a la larga al ser un sector coyuntural y no productivo en términos de valorización, no solucionará los problemas de fondo de la ya larga crisis económica europea. Por otra parte, está la dimensión geopolítica y geoestratégica, ámbito del que la UE puede salir muy mal parada si se desata una guerra a escala internacional, ya que esta se lucharía principalmente en suelo europeo, provocando una destrucción incalculable.

Incluso antes de comenzar esta hipotética guerra, Europa ya está sufriendo las consecuencias negativas de su realineamiento directo a los intereses de Washington. En efecto, la principal economía europea, Alemania, está sufriendo las consecuencias de su desconexión con el área geoeconómica euroasiática, en especial con Rusia y China, dado que China era el principal mercado de fuera de la UE para la potencia exportadora germana, y Rusia suponía para esta su fuente de abastecimiento energético segura y barata. Estados Unidos está tratando de cortocircuitar la relación euroasiática, que era de potencial riesgo para sus intereses hegemónicos.

La izquierda parlamentaria no ha mostrado una oposición a la política belicista que se está configurando en la actualidad. Es más, su alineamiento con esta política es total

Finalmente, la izquierda parlamentaria no ha mostrado una oposición a la política belicista que se está configurando en la actualidad. Es más, su alineamiento con esta política es total en la práctica, pese a ciertas lamentaciones discursivas que pueda hacer. Bajo el gobierno de PSOE y Unidas Podemos se celebró la cumbre más importante de los últimos años de la OTAN en Madrid, en la que se acordó el rearme de todos los miembros de la Alianza Atlántica para prepararse para la guerra con las potencias que cuestionan la hegemonía occidental. Bajo este mismo gobierno se sellaron los presupuestos con mayor gasto militar desde el fin de la dictadura franquista en el Estado español. Y el gobierno reeditado entre PSOE y Sumar, si cabe más subordinado al gobierno del “progresista” Joe Biden, no está siendo capaz de efectuar ninguna medida práctica contra el Estado de Israel en mitad de un genocidio abierto contra el pueblo palestino. Además de seguir a pies puntillas la política de rearme dictada por la OTAN.

Desde luego, la alternativa a la guerra no pasa por unos partidos que entienden, aunque no lo digan abiertamente, que en la actual coyuntura de redefinición de los equilibrios de poder geopolíticos el futuro de sus proyectos de estado pasa por subordinarse a la defensa que de ellos pueda efectuar militarmente la OTAN. Una visión independiente de estos intereses es la única que puede salvarnos hoy de una escalada bélica de un coste humano incalculable. De una escalada que ya está teniendo tintes de barbarie; no hay más que mirar las imágenes que llegan de Gaza a diario, hasta que estos horrores toquen nuestras puertas en Europa. ●



¿QUIÉN DIJO MONSTRUO?

NOTAS

[1] Robert Schuman, ministro francés de Asuntos Exteriores, proponía la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), cuyos miembros pondrían en común la producción de carbón y de acero, ya que estos eran materiales clave para la producción bélica. Sus palabras, que pasaron a la historia conocidas como “Declaración Schuman”, pueden leerse íntegramente en la página web de la Unión Europea.

[2] Sobre la relación entre guerra y capitalismo un buen resumen en el capítulo trece de: Gill, L. (2022). *Fundamentos y límites del capitalismo*, Madrid, Instituto Marxista de Economía.

[3] Sobre la historia del proceso de integración europeo puede consultarse: Anderson, P. (2012). *El nuevo viejo mundo*, Madrid, Akal.

[4] Una historia geoeconómica del euro puede consultarse en: Montes, P. (2001). *Una historia inacaba del euro*, Madrid, Trotta.

[5] Sobre la invasión de Irak y su relación con el euro/dólar: López Torres, J. (2003). “El euro, el dólar y la crisis de Irak”, *Temas para el debate*, 102, pp. 74-75.

[6] Un resumen del estudio citado puede consultarse en la publicación “Defence key figures – 2021” del Ministerio francés de Defensa (disponible online).

[7] Más sobre la situación militar en la guerra de Ucrania en el reportaje “Visual analysis: Ukraine’s war of survival enters third year”, de *Financial Times*.

[8] Ischenko, V.; Matvéyev, I. y Shuraviév (2024). “Keynesianismo militar ruso: ¿quién se beneficia de la guerra en Ucrania?”, *Viento Sur*, 4 de abril (disponible online).

[9] Roberts, M. (2024). “Rusia y la economía de guerra de Putin”, *Sin Permiso*, 17 de marzo (disponible online).

HISTORIA
REPORTAJE

Economía de guerra y keynesianismo

*

Mikel Bartolomé



«¿En qué podría gastar el gobierno lo suficiente para evitar que el sistema se hundiera en el fango del estancamiento? En armas, más armas y aún más armas»

Paul A. Baran & Paul Sweezy



En la tradición marxista –entendida esta como desarrollo teórico, pero también como la condensación de la experiencia histórica de la acción revolucionaria– pocas cuestiones han sido igual de relevantes que la guerra. El contexto de la Primera Guerra Mundial propició la ruptura histórica entre socialdemócratas y comunistas, es decir, entre aquellos que apoyaban a su burguesía nacional en la guerra imperialista y quienes defendieron el internacionalismo proletario. Además, en los inicios del llamado comunismo de guerra, a comienzos de 1918, se dieron los primeros pasos para desarrollar las condiciones de la economía socialista. La recién surgida URSS –como queda recogido en la Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado y la Ley Fundamental de la Socialización de la Tierra– supuso el primer intento histórico de abolir la propiedad privada de los recursos naturales y señaló la misión esencial de abolir toda explotación del ser humano por el ser humano.

Pero no sólo eso, en la medida en que la comprensión de la realidad es necesaria a la hora de establecer estrategias políticas, el marxismo siempre ha tratado de hacer énfasis en la necesidad de la guerra como consecuencia de las tendencias históricas capitalistas. Así, contrariamente a la descripción que hacen en la actualidad del origen de la guerra –donde esta no sería más que la consecuencia de la voluntad de mentes perversas–, el análisis leninista del imperialismo permite comprender la guerra y sus orígenes como resultado de las contradicciones inmanentes del desarrollo de la acumulación capitalista.



El conflicto entre las distintas facciones del capital global en lucha por la hegemonía es la consecuencia inmediata de la competencia internacional del capital

EL IMPERIALISMO O LA NECESIDAD DE LA GUERRA

Lenin describió el imperialismo como la fase de desarrollo del capitalismo moderno en la que el nivel de concentración y centralización del capital conlleva tal nivel de competencia intercapitalista, que los estados, como representantes políticos del capital nacional, luchan por la repartición política y económica de los distintos territorios del planeta. El conflicto entre las distintas facciones del capital global en lucha por la hegemonía es la consecuencia inmediata de la competencia internacional del capital^[1]. La competencia es un rasgo esencial de la economía capitalista global y por ello, en la medida en que exista competencia entre bloques capitalistas, existirá la necesidad de conflicto. Y cuando este no sea posible de atajarse por otros medios, estalla en su forma más cruenta: la guerra. El propio Lenin describía la Primera Guerra Mundial como “una guerra imperialista que se libra en torno a la explotación política y económica del mundo, buscando la imposición sobre mercados, fuentes de materias primas y zonas de inversión de capital”.

Las guerras siempre han surgido y siguen surgiendo de decisiones políticas. Si bien en el pasado su función brotaba de la necesidad de conservar el apoyo de la nobleza o el deseo de imponer la dominación religiosa o racial, los conflictos modernos suelen tener como objetivo –de manera más o menos explícita– la creación de condiciones favorables para la inversión de capital en otros territorios. Sin embargo, aun dejando de lado los objetivos político-económicos, en las dos guerras mundiales se observan condiciones estructurales que no se dieron en las guerras precedentes. En pocas palabras, ambas guerras mundiales fueron la máxima expresión de la *economía de guerra*.



LA ECONOMÍA DE GUERRA

En palabras de uno de los mayores exponentes de la economía keynesiana de las últimas décadas, James K. Galbraith, la economía de guerra es “el conjunto de contingencias llevadas a cabo por un estado para movilizar su economía con vistas a la producción bélica”^[2]. De manera más específica, Le Billon la describe como “un sistema de producción, movilización y asignación de recursos para mantener la violencia”^[3]. Siendo ambas definiciones correctas pero muy parciales, podríamos añadir, muy resumidamente, que la economía de guerra ocurre cuando un territorio determinado reorganiza sus industrias para garantizar que la capacidad de producción de un país se configura de forma óptima para ayudar al esfuerzo bélico. Es decir, según su caracterización histórica desde el punto de vista técnico, en la economía de guerra los estados deben garantizar que los recursos se asignan de manera lo más eficiente posible para apoyar la producción bélica.

Dado que la economía de guerra exigía el mayor aprovechamiento posible del potencial productivo –esto es, la utilización de todos los recursos económicos y mano de obra disponible–, la reorganización de la economía hacia las necesidades de la guerra conllevó la movilización masiva de los trabajadores a través de la coerción política^[4]. Durante la Primera Guerra Mundial y en las economías de guerra posteriores no sólo se reclutaron a los hombres en edad militar para que formaran parte del ejército, sino que el resto de hombres y mujeres en disposición de trabajar también estuvieron obligados a hacer ciertas determinadas tareas con el objetivo de alimentar la máquina bélica. De esta forma, ya fuera en el ejército, en las necesidades logísticas e infraestructurales o en la producción masiva de armas y armamento, todo trabajador en activo se vio obligado a contribuir de una u otra manera a la guerra. Para ello, la propaganda de guerra y el convencimiento ideológico de estar contribuyendo a la derrota del enemigo común fueron factores culturales de cohesión indispensables.

La economía de guerra ocurre cuando un territorio determinado reorganiza sus industrias para garantizar que la capacidad de producción de un país se configura de forma óptima para ayudar al esfuerzo bélico

KEYNESIANISMO Y POLÍTICA ECONÓMICA

Una vez finalizado el esfuerzo bélico tras la Primera Guerra Mundial y dejada atrás la necesidad de la gran producción para la guerra, la tendencia capitalista a la sobreacumulación y el engrosamiento del ejército industrial de reserva volvieron a ser la norma. Al acabar la economía de guerra, la imposibilidad de dar empleo a todos los trabajadores y trabajadoras que tras la guerra se incorporaron al mercado de trabajo y la incapacidad de volver a usar todas las plantas, fábricas e industrias disponibles en el momento conllevó una infrautilización de los recursos económicos existentes. Esto implicaba que la economía capitalista, aun disponiendo de fuerza de trabajo y medios de producción que potencialmente se podían utilizar como capital, no los estaba utilizando puesto que el ritmo de acumulación no era capaz de incorporarlos. El economista británico John Maynard Keynes, creador de la macroeconomía capitalista, fue el primero en dar cuenta de la situación y formular una respuesta. Es que, desde comienzos de los años 20, casi una década antes que la gran depresión de los 30, Keynes ya proponía el gasto público a gran escala como medio para sacar a Europa del desempleo generalizado^[5].

La década de los 30 arrastró y generalizó por Europa los problemas estructurales derivados de las condiciones de guerra. Dado que el gasto durante la guerra excedió con creces sus capacidades presupuestarias, los estados financiaron sus déficits pidiendo dinero por medio de la emisión masiva de bonos de deuda. La gran cantidad de deuda contraída por los estados para financiar la producción bélica fue muy problemática para el periodo de postguerra en Europa. La situación económica de pleno empleo y la fuerte actividad económica vivida antes y durante la guerra habían desaparecido. Además, la necesidad de hacer frente a la deuda llevó a una situación generalizada en la que la inflación convivía con una alta presión impositiva. Tres años después del crack del 29, que también ayudó a ahondar en esta situación de estancamiento económico, las principales economías europeas vieron decrecer su PIB en cifras de dos dígitos.

Para Keynes, la solución para dejar atrás el desempleo y la infrautilización de los medios de producción disponibles era aumentar la demanda agregada de la economía por medio del consumo público



Dado que la economía se dirige hacia la producción bélica, la economía de guerra se produce a expensas del consumo



Es en este contexto cuando Keynes lleva a cabo su Teoría General. Si bien aceptaba que los mecanismos de mercado no eran capaces de mantener el equilibrio en la economía capitalista, también defendía que ello podría ser solucionado por medio de la intervención del estado como agente económico. Para Keynes, la solución para dejar atrás el desempleo y la infrautilización de los medios de producción disponibles era aumentar la demanda agregada de la economía por medio del consumo público. De esta forma, la economía de mercado, junto con la ayuda de la planificación gubernamental por medio de la aplicación de políticas fiscales y monetarias apropiadas, podría ser capaz de solventar las crisis y, en principio, de mantener un crecimiento continuo de la producción capitalista^[6].

El keynesianismo estaba así a punto de imponerse como la doctrina económica dominante. De hecho, desde el punto de vista práctico, el “programa de rearme masivo” de Hitler en 1933 ya había demostrado que el gasto público –como cierta forma de planificación gubernamental de la economía– podía ser extremadamente exitoso: en un año, Alemania pasó del desempleo masivo desde la Primera Guerra Mundial al pleno empleo de la economía de guerra^[7]. La década de los 40 fue el momento de experimentación generalizada de las políticas keynesianas. Dado que los gobiernos a uno y otro lado del Atlántico –especialmente el británico y el estadounidense– temían las consecuencias políticas de unos niveles de desempleo permanentemente altos en un contexto de incertidumbre política y bélica, se apresuraron de nuevo en marcha la máquina estatal de guerra. En los Estados Unidos, el enorme aumento del gasto militar durante la economía de guerra planificada por el gobierno, junto al inmenso aumento del tamaño de sus fuerzas armadas –que pasó de 300.000 soldados en 1939 a 12,2 millones, un 8,7% de la población, en 1945– fue la manera de lograr un bajo nivel de desempleo.

Lo que durante la depresión apareció como una posible solución para los problemas económicos del sistema de mercado, ahora se muestra como una causa adicional del imperialismo capitalista

De esta forma, el gasto público planificado –cuya máxima expresión es la economía de guerra– fue el mecanismo a través del cual se pretendió provocar un aumento masivo en la demanda. El gasto masivo en armamento, combinado con el reclutamiento de las fuerzas armadas consiguió emplear a toda la fuerza de trabajo. Además, dado que el capital privado logra acrecentar su producción gracias al gasto público, la producción inducida por el estado resultaba beneficiosa para la acumulación^[8]. Así, la producción dirigida por el estado tenía como objetivo reactivar la producción social. Sin embargo, la economía de guerra no es simplemente economía inducida por el estado con fines bélicos, también es, como bien describió Kalecki^[9], la alternativa a la crisis como medio para absorber la sobreacumulación de capital. La economía de guerra se muestra, por tanto, como un medio con el cual apaciguar momentáneamente las contradicciones del capitalismo.

Pero la economía de guerra solo es posible bajo determinadas condiciones y a expensas de dos factores. Por una parte, dado que la economía se dirige hacia la producción bélica, la economía de guerra se produce a expensas del consumo. Es decir, la economía de guerra es posible cuando se reduce el consumo y cuando se reducen las nuevas inversiones de capital en los sectores no relacionados con la producción bélica. Esta situación se hace posible a través de la coerción o a través del convencimiento de que la reducción de las condiciones de vida de la sociedad es un medio necesario para derrotar al enemigo, por lo que solo es sostenible en el tiempo a través de un estado de guerra generalizado. Por otra parte, la economía de guerra puede llevarse a cabo por medio del endeudamiento, es decir, a expensas de los recursos futuros que habrán de ser entregados como pago de la deuda.

Sin embargo, el papel de la industria militar y de la economía de guerra no ha hecho sino crecer en la actualidad en comparación con la situación vivida en las dos guerras anteriores. La economía de guerra, aunque de una forma mucho menos explícita, ha vuelto a estar cada vez más presente en Europa y en otros lugares del globo de manera semipermanente. Las palabras escritas por Mattick en 1969 refiriéndose a la economía de guerra continúan estando vigentes: lo que durante la depresión apareció al principio como una posible solución para los problemas económicos del sistema de mercado, ahora se muestra como una causa adicional del imperialismo capitalista. ●





REFERENCIAS

- [1] Foster, J. B. (2015). *El nuevo imperialismo*. El viejo topo.
- [2] Galbraith, J. K. 2001. "The Meaning of a War Economy" *Challenge* 44 (6):5-12.
- [3] Le Billon, P. 2004. "The Geopolitical Economy of Resource wars" *Geopolitics* 9 (1):1-28.
- [4] Gerstenberger, H. (2022). *Market and Violence: The Functioning of Capitalism in History*. Brill.
- [5] Shaikh, A. (2016). *Capitalism: Competition, conflict, crises*. Capítulo 12. Oxford University Press.
- [6] Mattick, P. (1978). Marxismo: ayer hoy mañana. En Mattick, P. (2023), *Colapso y Revolución*. Traficantes de sueños
- [7] Wapshott, N. (2016). *Keynes vs Hayek: el choque que definió la economía moderna*. Deusto.
- [8] Mattick, P. (1984). "La crisis mundial y el movimiento obrero". *Etcetera* 2: 61-68
- [9] Kalecki, M. (1972). *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*. Monthly Press



Publicación

MAYO 2024

EUSKAL HERRIA

Coordinación,

redacción

y diseño

GEDAR LANGILE

KAZETA

Web

GEDAR.EUS

Redes sociales

TWITTER E

INSTAGRAM

@ARTEKA_GEDAR

Contacto

HARREMANAK@

GEDAR.EUS

Suscripción

GEDAR.EUS/

HARPIDETZA

Edición

ZIRRINTA

KOMUNIKAZIO

ELKARTEA

AZPEITIA

Depósito Legal

D-00398-2021

ISSN

2792-453X

Licencia



